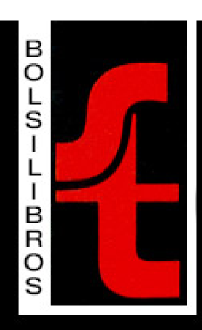


Selección TERROR

ESTIGMA DE HORROR

BURTON HARE

Y era allí donde estaba el horror que le había paralizado al entrar, porque encima del camastro reposaba el cadáver de un hombre en plena descomposición. El hedor era nauseabundo; un hedor extraño y repugnante que le produjo náuseas.

No pudo evitar un vivo sobresalto. Forzando su voluntad, se obligó a mirarlo otra vez.

La cabeza estaba inmóvil, por supuesto. Suspiró, aliviado. Pero entonces, y sin lugar a dudas, captó el apenas perceptible vaivén del pecho.

¡El cadáver empezaba a respirar!

Ya no tenía dudas. El escuálido torso del cadáver se movía. Muy débilmente, pero respiraba, como si volviera a la vida después de haber permanecido muerto una eternidad.

Evans se mordió el labio con fuerza porque sentía tremendos deseos de gritar. Luego, recordó que en una funda axilar llevaba su revólver de reglamento y hundió la mano bajo la solapa.

Fue todo lo que hizo; algo terriblemente duro le golpeó en la nuca y todo pareció estallar a su alrededor.

Cayó hacia delante, de bruces. Pero mientras caía, mientras se hundía en los abismos de la inconsciencia, aún percibió borrosamente el lento movimiento de la cabeza del cadáver, que giraba hacia él, mirándole con un solo ojo inmensamente abierto… y con el otro vacío, negra cavidad que parecía hundirse hasta las profundidades del cráneo…



Burton Hare

Estigma de horror

Bolsilibros: Selección Terror - 52

ePub r1.0
Titivillus 22.02.15

Título original: *Estigma de horror*
Burton Hare, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

1

Conducía bordeando la costa en medio de la niebla, tan espesa que los faros especiales apenas podían disipar el trecho necesario de visibilidad para manejar con cierta seguridad.

A causa de esto, su velocidad no era muy rápida y eso le permitió reaccionar con serenidad cuando la figura surgió de la cuneta y quedó inundada por los faros.

Era un hombre cubierto por un abrigo deshilachado, casi convertido en jirones sucios, y con la cabeza cubierta por una gorra o algo semejante.

Matt hundió el freno maldiciendo al mismo tiempo. La inesperada aparición atravesó la carretera como si la presencia del coche que se le venía encima apenas le importara y desapareció al otro lado, entre la niebla.

Pero antes de hundirse en la espesura ladeó la cabeza como si quisiera mirar con cierto desprecio al vehículo.

Y entonces Matt vio vagamente su rostro.

Y sintió un extraño frío en los nervios, porque tuvo la fugaz visión de que aquél no era un rostro humano.

Claro que podía haber sido fruto de su nerviosismo, el mismo nerviosismo que le había impulsado a salir en una condenada noche tan mala.

Continuó adelante, pensando en lo que creyó haber visto. Se dijo una y otra vez que era absurdo que sintiera aquel estremecimiento por algo tan fugaz como la brevísima visión del desconocido.

Estaba repitiéndose eso una vez más cuando otra figura saltó literalmente de la oscuridad y se plantó en mitad de la carretera.

Matt gritó, lleno de alarma y furia. Por dos veces iba a tener que sortear a un loco suicida.

La figura estaba ahora plantada en mitad del húmedo asfalto. No trataba de pasar al otro lado de la carretera, sino que permanecía allí agitando los brazos.

Los frenos aullaron y el coche se bandeó de un lado a otro. La figura saltó en el último instante apartándose de la trayectoria que casi le aplastó y Matt, lleno de ira, detuvo el auto casi treinta metros más allá.

Puso marcha atrás, pero la figura ya volaba hacia él como si la persiguieran todos los diablos del infierno.

Por un instante, Matt Brady pensó que quizá fuera parecida a la primera que apareciera, con aquel rostro de pesadilla…

Luego, cuando abrió la portezuela y ella saltó al interior, sus temores se desvanecieron.

Era una muchacha, y aunque su cara estaba contraída por el terror, era muy bonita, y tenía unos ojos intensamente azules.

—Bueno, ¿está usted loca? —exclamó—. Estuve a punto de aplastarla…

—Temí que no se detuviera en una noche como ésta…

—¿Por eso sólo arriesgó la vida?

Ella sacudió la cabeza. Se arrebujaba en un abrigo delgado que mantenía apretado contra el pecho, cerrado hasta el cuello. Temblaba con inquietante violencia.

—¡Vámonos, por favor! —suplicó—. No se quede aquí.

Él reanudó la marcha y masculló:

—Debería propinarle una tanda de azotes… Me ha dado un susto de muerte.

—¿Qué sabe usted de sustos? —musitó la muchacha.

—¿Qué quiere decir?

—He visto a la muerte esta noche —soltó de pronto, como librándose de un gran peso.

—¿Qué dice?

—He visto a la muerte. Y he escapado de ella… Por eso huía de ese modo… ¡Oh, Dios!

Repentinamente sus nervios le fallaron. Estalló en sollozos y se cubrió la cara con las manos, todo el hermoso cuerpo sacudido por violentos espasmos de terror.

—Cálmese —dijo Matt, impresionado—. Aquí está a salvo.

El abrigo, falto de sujeción, se abrió en parte. Matt Brady se quedó boquiabierto al ver los hermosos senos de la muchacha, y los jirones de sus ropas interiores. También, fugazmente, creyó distinguir oscuros arañazos en la blanca piel del busto.

Por primera vez empezó a preocuparse realmente.

—Tranquilícese —murmuró, devolviendo la atención a la negra carretera.

Ella continuó sollozando, sin poder contener los violentos estremecimientos que la sacudían. Sin embargo, él notó como poco a poco cedía la violencia del llanto y del terror, hasta que al fin separó las manos del rostro y susurró:

—Creo que voy a volverme loca…, no sé lo que ha sido real y lo que me parece una pesadilla… Era monstruoso…, y sus manos como garras…, sólo los huesos…

Matt Brady salió de una cerrada curva y remontó el altozano que se alzaba sobre el mar. Un viento frío y violento se levantó de repente llevándose la niebla a empujones.

—¿De qué condenada cosa está hablando? —gruñó.

—Del… del monstruo… o el muerto, o lo que fuera aquella cosa.

Él sacudió la cabeza. La niebla, como pedazos de un inmenso sudario, estaba siendo barrida por el viento, que ahora aullaba con violencia.

Allá abajo apareció la oscura inmensidad del mar, y en lo alto las estrellas empezaron a brillar de pronto, como luces que se hubieran encendido repentinamente.

—Va a desencadenarse una tormenta de viento —dijo entre dientes, notando cómo todo el coche se estremecía a cada embate de las ráfagas huracanadas—. ¿Cómo se llama usted, muchacha?

—Alice.

—Un bonito nombre. Yo me dirijo a Fairhaven. ¿Le va bien?

—Sí…

—¿Fue esa *cosa* que usted dice quién le produjo esos arañazos?

Ella se sobresaltó al darse cuenta que llevaba el busto casi al descubierto. Se arrebujó en el abrigo y musitó:

—Sí.

—¿Qué hacía usted en un paraje tan inhóspito como aquél? Que yo sepa, no hay ningún pueblo en las cercanías.

—Había huido de… Pero ¿por qué me hace tantas preguntas, quién es usted?

—Matt Brady. Soy médico, si eso ha de tranquilizarla. ¿De dónde huía usted cuando ese tipo la ha sorprendido?

—¿Tipo? Usted no comprende… Temo que nadie querrá creerme… Le digo que no era humano.

—Vamos, vamos, los fantasmas no existen, Alice. Ya es usted mayorcita para creer en aparecidos y todas esas cosas.

Ella se estremeció.

—Nadie me creerá…

—Si sigue diciendo tonterías, desde luego que no. Debe existir una explicación lógica para lo que ha sucedido. No hay nada en este mundo que no tenga explicación perfectamente lógica.

Esta vez, la muchacha no replicó. Tenía la mirada fija en el parabrisas, como si la negrura del asfalto que se deslizaba rápidamente ante el coche le fascinara.

El viento había arreciado. Era tan violento que Matt necesitaba dedicar toda su atención y pericia a conducir para evitar que el coche saliera despedido de la carretera.

El mar, agitado allá abajo, espumeaba contra el roquedal. Al fondo, destacando en medio de la negrura del agua, chispeaban las lejanas luces de las islas Elizabeth, a mitad de camino de Martha's Vineyard.

—Afortunadamente falta poco para llegar —masculló, inquieto —. De lo contrario, habríamos de buscar refugio en alguna parte. Va a ser una de las peores tormentas del año, seguro.

—¿Cómo lo sabe?

—¿No advierte cómo se bambolea el coche, y con qué intensidad brillan las estrellas? Será casi un huracán, ya lo verá… y no tardará mucho en llegar a su apogeo…

—¡Allí está la ciudad!

Era cierto. Al salir de una curva aparecieron las luces de Fairhaven, adonde llegaron poco después.

Él ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Adónde quiere que la lleve?

Ella miró por la ventanilla. Las calles estaban desiertas, barridas por el vendaval.

—A la policía… Quiero denunciar lo que me ha sucedido.

—Me parece muy bien. Si hay un demente sexual suelto por estos contornos, debe ser detenido cuanto antes.

Ella sacudió otra vez la cabeza, impaciente.

—Continúa usted creyendo que he sufrido alucinaciones, ¿no es cierto?

—Creo que ha sido asaltada. Lleva usted las ropas interiores hechas trizas, y arañazos que han sangrado en su piel. Eso sí lo creo.

—Usted…, usted es médico.

—Sí.

La muchacha pareció a punto de añadir algo más, pero al fin apretó los labios y no lo hizo.

Matt insistió:

—¿Qué iba a decir? Vamos, confíe en mí. Un médico jamás revela una confidencia de un paciente.

—No es una confidencia.

—Sea lo que sea, dígalo. Tal vez después se sentirá usted mejor.

Dobló una esquina. Al fondo de la calle, destacando en la oscuridad, brillaba el globo blanco del edificio policíaco.

—Era una pregunta absurda —murmuró la muchacha al fin, con voz vacilante—. Es mejor que lo olvide.

—De todos modos me gustaría oír esa pregunta.

—Se reiría usted de mí.

—Es demasiado hermosa para que nadie se ría de usted.

Alice echó la cabeza hacia atrás, apoyándose en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

—Doctor…

—Adelante.

—¿Cree usted que un cadáver pueda salir de su tumba?

Él dio un respingo.

Sin embargo, no se rió como fuera su intención primera. Súbitamente recordó la fugaz aparición del desconocido en medio de la carretera y por alguna extraña razón sintió un frío glacial en el cuerpo.

—¿No me responde?

—Mire, se han dado casos de sepultar a una persona sin que estuviera realmente muerta…

—No me refería a eso.

—Entonces, le diré que no.

—No obstante, yo he visto…

—Siga.

—¿Para qué? Lo contaré a la policía, se reirán de mí y no habré avanzado un paso. Es mejor dejarlo.

—¿Era un hombre con el rostro huesudo quién la ha atacado?

Ella abrió los ojos y ladeó un poco la cabeza para poder verle.

—¿Huesudo? —soltó un amargo quejido y añadió—: Parte de su rostro era puro hueso… Hueso, ¿comprende? La piel había desaparecido… Estaba en descomposición…, era…, era… monstruoso.

—¿Llevaba un abrigo hecho jirones y una gorra?

Esta vez la muchacha se enderezó de golpe.

—¡Usted lo ha visto! —estalló—. ¡Lo ha visto también!

—Bien, ha sido un instante tan sólo, cuando ha cruzado la carretera delante de mi coche, poco antes de encontrarla a usted. Apenas he podido distinguir nada concreto de él…

—¡Le digo que era un cuerpo en descomposición!

—Eso es imposible… Bueno, ya hemos llegado.

Detuvo el coche junto a la acera. El viento, en las calles, rugía con redoblado estruendo.

Ella alargó la mano y le sujetó por el brazo.

—Espere un minuto…

—¿Sí?

—Usted…, usted declarará eso a la policía, ¿verdad?

—No tengo inconveniente, aunque no veo de qué le servirá.

—Por lo menos, su testimonio demostrará que no estoy loca. Se verán obligados a tomarlo en consideración porque usted es médico…

—Pero no podré declarar que he visto un cadáver en descomposición andando por la carretera. ¿Se da cuenta?

—Dígales sólo lo que realmente haya visto. Eso será suficiente, doctor.

—Mucho me temo que no.

Abrió la portezuela y ambos se apearon.

Una ráfaga de viento les hizo trastabillar. Matt rodeó a la muchacha con su brazo, ayudándola a cruzar la acera hacia la puerta iluminada, que atravesaron apresuradamente.

Aquel interior cálido, lleno de luz y de hombres sólidos y macizos fue como un remanso, un refugio seguro en el que guarecerse de temores y pesadillas.

2

El comisario Peters era un individuo alto y recio como una roca. Paciente, tenaz, había escalado puestos en su carrera de policía a base de esfuerzos y lógica mental.

Quizá por eso escuchó el relato de la muchacha con aquella expresión de disgusto en la cara.

Después gruñó:

—Muertos que andan, cadáveres en descomposición… ¿Cree que soy idiota, señorita?

—Ya sabía que no me creería usted.

—Nadie en su sano juicio puede creerla. ¿No es cierto, doctor?

Matt se encogió de hombros.

—Naturalmente, los muertos no suelen abandonar sus sepulturas, que yo sepa. No obstante, esta mujer ha sido asaltada, y el tipo que yo he visto fugazmente en la carretera, reconozco que podía inducir a una muchacha asustada a creer que era de otro mundo.

—¿Cómo era? —bufó el comisario, impaciente.

—Tenga usted en cuenta que sólo he visto una figura borrosa. Se envolvía en un abrigo hecho trizas y llevaba una gorra oscura. Su rostro…, bueno, ahí es donde no estoy muy seguro de lo que he visto.

—Un médico debe saber a qué atenerse en estas cosas, digo yo.

—Comisario, había niebla y las luces del coche apenas me permitían ver más allá de mis narices. Bien, la cara del hombre me ha parecido huesuda…, descarnada casi. Pero le repito que no la he podido atisbar ni siquiera un segundo.

—¿Diría usted que esa cara era puro hueso, como afirma esta muchacha?

Matt dirigió la mirada a la abatida Alice. Sonrió.

—Era huesuda —repitió—. Reconozco que en el instante de verle, ese hombre me ha producido un escalofrío. Había algo en él que inducía a pensar en esos cuentos de horror que se publican en las revistas especializadas. No obstante…

—No obstante, estamos ante un caso de maníaco sexual —le interrumpió el comisario—. Y pensándolo bien, no sé qué es peor, si un loco de este tipo o un fantasma. En cuanto se corra la voz tendré todo el condado alborotado y a la gente echándose encima. ¿En qué lugar exactamente sucedió esto, señorita?

Alice, desalentada, musitó:

—Antes de la cuesta del acantilado sobre Buzzards Bay… En la arboleda.

El comisario enarcó las cejas. Sus ojos adquirieron una expresión más dura al preguntar:

—¿Tiene inconveniente en decirme qué infiernos estaba usted haciendo allí en una condenada noche como ésta?

La muchacha se estremeció. Su mirada desamparada se fijó un instante en Matt Brady como si esperara de él alguna ayuda.

—Ésa es otra historia —murmuró.

—¿De veras? Y supongo que será tan increíble como la otra.

La voz sarcástica del comisario hizo que la muchacha se enderezase, indignada.

—No sé si lo creerá usted —dijo—, pero si conoce a Paul Gauge forzosamente le dará crédito.

Peters lanzó un sordo gruñido.

—Gauge, ¿eh?

—Sí.

Matt terció:

—¿Quién es ese individuo, comisario?

—El heredero de una familia degenerada, ni más ni menos. Pero, desde luego, no se parece en nada a un cadáver andante. Es perfectamente sólido, que yo sepa.

Alice sacudió la cabeza.

—No lo entiende. Acudí a su casa. Ofrecían un empleo de secretaria. Me llevó el chófer de los Gauge. Luego, las cosas se

complicaron. Yo no sabía que un aristócrata pudiera comportarse como un sucio rufián, de modo que hui de aquella horrible casa cuando él se negó a mandar al chófer que me devolviera a la ciudad…

—Ya veo… Paul Gauge la atacó, ¿no es eso?

—Sí…

—Y los desperfectos de su ropa y todo lo demás…

Ella le atajó con un gesto violento.

—¡No, no! Él sólo me desgarró el vestido… Todo lo demás ha sido obra de ese…, ese monstruo que me sorprendió en la arboleda…

Peters la miró como si descara abofetearla.

—Está bien, un monstruo y todo lo que usted quiera. ¿Cómo piensa formular la denuncia, acusando a Gauge o a un cadáver viviente?

Alice se estremeció.

—No lo sé… ¡Oh, Dios! ¿Es que nadie va a creerme?

—Yo no, por supuesto —aseveró el comisario—. Hágame un favor, ¿quiere? Denuncie a Gauge, aunque no servirá de nada. O a un individuo desconocido… Le buscaremos y quizá tengamos suerte…

—¿Por qué dice que no servirá de nada denunciar a Gauge?

—Porque esa familia es intocable. Ya sabe, doctor; influencias, dinero, poder… Una vieja historia familiar que arranca de los primeros colonizadores. Sus antepasados fundaron el estado. Massachusetts es, en parte, obra de los primeros Gauge que se establecieron aquí. Pertenecen a la más rancia aristocracia de Boston, pero por alguna razón tanto la vieja como el heredero prefieren vivir en esa monstruosidad de casa que se alza sobre la colina, no lejos del acantilado.

—Entiendo.

—Así que, señorita, ¿sigue pensando en presentar una denuncia?

—Desde luego que sí.

El comisario suspiró.

—Está bien, como guste. Necesitamos hacer constar qué heridas ha recibido usted… Afortunadamente, tenemos aquí un médico. ¿Le importaría reconocer a la señorita, doctor, y dictar después un informe técnico?

—Lo haré con gusto, naturalmente.

—Pasen a ese despacho de ahí al lado. Está vacío y nadie les molestará. Y si encuentra usted pistas de un cadáver que haya decidido salir a dar una vuelta, dígamelo, doctor.

Soltó un juramento y cerró la puerta del despacho contiguo.

Matt encendió un cigarrillo y le ofreció a la muchacha.

—Tome, le tranquilizará.

Encendió otro para él. La muchacha murmuró:

—Ya sabía que no me creerían…

—Debe reconocer que es fantástico lo que pretende que crean. Bueno, cuando quiera.

Tras un ligero titubeo, Alice se quitó el abrigo.

Fuera del abrigo estaba prácticamente desnuda, porque lo que quedaba de sus prendas íntimas eran puros harapos.

—¿Y su vestido? —preguntó Matt.

—Se quedó en casa de los Gauge, naturalmente.

—Ya veo…

—Sólo tuve tiempo de atrapar el abrigo cuando escapé… Todo lo demás me lo hizo el…, ese…

—Olvídelo. Veamos esos arañazos… Han sagrado demasiado.

La examinó durante unos instantes, constatando cuán profundas eran aquellas heridas, causadas sin ninguna duda por afiladas uñas.

—Hay que desinfectarlas y curarlas —murmuró—. Supongo que habrá un botiquín en alguna parte… Mire, acabe de quitarse esos trapos, mientras yo voy a buscarlo y la curaré antes de que se le infecten.

Ella asintió, las mejillas arreboladas y los ojos asustados brillando azorados.

Matt le sonrió amistosamente y salió.

El comisario estaba sentado detrás de su mesa, hablando con uno de sus hombres.

—¿Ya terminó, doctor?

—Todavía no. Tiene heridas muy profundas y hay que hacer una primera cura. ¿Tienen ustedes un botiquín a mano?

—Por supuesto. Tráelo, Jolby.

El detective salió. Matt iba a decir algo más, cuando del despacho contiguo surgió un alarido espeluznante, agudo y terrible, como ninguno de los dos había oído en su vida.

El comisario brincó fuera del sillón y ambos se precipitaron hacia la puerta.

Alice estaba acurrucada en un ángulo de la estancia, el rostro desencajado y una mirada extraviada en sus ojos inmensamente abiertos, temblando espasmódicamente.

—¿Qué diablos le sucede? —bufó el comisario.

Ella señaló al suelo, incapaz de hablar.

Matt se inclinó, perplejo. Sólo veía los restos de un sujetador lleno de encajes, desgarrado de mala manera.

—¿Y bien? —Se impacientó el comisario.

—En… el tirante…

De un zarpazo, el policía tomó el sujetador. Su boca se abrió como si fuera a decir algo ocurrente y, de pronto, se quedó rígido.

—¡Cuernos! —barbotó—. Mire, doctor.

Matt miró.

Y también sintió un escalofrío.

Hincada en una desgarradura, aparecía una larga uña, sucia y carcomida.

—¡No la toque!

El comisario detuvo el ademán y gruñó:

—¿Por qué no? Tenemos una uña de ese bastardo y…

—Fíjese en ella.

—Ya la veo. Es una uña, simplemente.

—¿Ha visto usted que a alguien le arranquen una uña y no haya en ella ni una gota de sangre?

El comisario arrugó el ceño, más perplejo cada vez.

—Pues es cierto… No hay sangre. Pero si hay algo aquí… Tierra, si no me equivoco. ¿Tierra?

Instintivamente soltó el sujetador y gruñó:

—Acabaré creyendo en aparecidos… ¿Qué demonios significa esto, doctor?

—No me lo pregunte a mí… todavía.

Sacó un pañuelo y con él recogió la uña, procurando que no se desprendiera de ella ninguna partícula de tierra. Luego, se acercó a la luz y la examinó con suma atención.

—Bueno, doctor… ¿Qué quiere decir?

Matt se volvió. Su rostro estaba ahora crispado, intensamente pálido.

—A simple vista, comisario, yo diría que esta uña ha sido arrancada de un cadáver.

—¿Se ha vuelto loco también?

Alice dio un grito y se desplomó, inerte.

El comisario la levantó en brazos. Era asombrosamente hermosa, y a pesar del horror de aquel instante, la miró con más atención de la correcta.

Tras depositarla en el sillón que había detrás de la mesa, la cubrió con el abrigo y se volvió:

—¿Entendí bien lo que dijo, doctor?

—Es sólo una impresión. La raíz de esta uña está muerta, comisario, cosa que explicaría por qué no sangró al ser arrancada. Claro que solamente el laboratorio podrá concretar, pero…

—Éste es un asunto de locos, ¡maldita sea!

Tomó el pañuelo y la uña y por un instante estuvo mirándola como fascinado.

—Creo que voy a tener pesadillas durante una temporada. La mandaré al laboratorio inmediatamente. Espero que ellos nos aclaren semejante despropósito.

Unos golpes en la puerta le hicieron dar un respingo.

—¡Entre!

El agente Jolby penetró en el despacho trayendo el botiquín de urgencia. Se quedó muy asombrado al ver a la muchacha desvanecida.

—Jolby, toma esto y envía a alguien al laboratorio de medicina legal. Quiero un examen completo de esta uña.

Con cierta repugnancia, el agente tomó el pañuelo y asintió, abandonando el despacho.

—Ocúpese de ella, doctor. Tengo la impresión de que voy a tener más complicaciones de las que pudiera desear con todo este lío.

Salió también apresuradamente y en el pequeño despacho reinó un pesado silencio. Un silencio que el aullido del viento al otro lado de la ventana turbaba de modo incesante, como si fuera una larga queja, un lamento agudo y estremecedor, que quisiera penetrar en el misterio que se había desencadenado en una noche realmente de infierno.

Matt tomó el botiquín y rodeó la mesa.

Fugazmente, una sombra atravesó ante la ventana. Una sombra más oscura que la noche.

Con un juramento, el médico se precipitó hacia los cristales, pero el exterior estaba demasiado oscuro para ver nada.

Sin embargo, no le cabía duda de que había visto una sombra humana alejarse de la ventana.

¿Humana?

Matt ya estaba dispuesto a dudar incluso de sus propios sentidos.

Abrió los batientes y una racha de viento huracanado le empujó hacia atrás. Inclinándose, trató de penetrar la negra oscuridad, pero era imposible ver nada más allá de la mancha de luz que se derramaba del ventanal abierto.

Volvió a cerrar en el instante en que Alice recobraba el conocimiento, de modo que dedicó todo su interés a la muchacha y no mencionó en absoluto la fugaz aparición que viera espiándoles a través de los cristales.

Eso quizá fue un error por su parte.

3

El agente Wood salió a la calle, encorvado para resistir los embates del viento. Ahora ya no brillaban las estrellas, porque densos nubarrones, empujados por el vendaval, se apelotonaban haciendo más impenetrable si cabe la oscuridad.

Wood era un muchacho joven, recién ingresado en la policía. Había cursado una solicitud para realizar un cursillo de adiestramiento en la academia de Quantico, sede del FBI.

Si le aceptaban, estaba seguro de que su carrera daría un gran paso adelante. Quería distinguirse, ascender, trabajar en alguna gran ciudad donde pudiera poner de manifiesto sus dotes innatas de policía hábil.

En Fairhaven no tendría jamás oportunidad de destacarse. En un lugar pequeño que sólo se animaba un poco en verano, pocas posibilidades tendría de crearse un nombre y una fama.

En las grandes ciudades existen también grandes medios de investigación. Por ejemplo, los laboratorios, bien equipados, con especialistas. No como en este lugarejo, donde el laboratorio policial era simplemente la farmacia.

Su mente llena de fantasía imaginaba ya a los peritos y químicos del FBI poniéndose a trabajar en aquella repugnante uña y sacando de ella toda una completa historia.

En cambio, el farmacéutico, aunque poseyera el título de químico, estaba seguro que se limitaría a salir del paso y asunto concluido.

Torció una esquina, maldiciendo al viento y la oscuridad.

Le pareció que tras de él resonaban unos pasos extraños, pesados

y torpes. Se detuvo, intrigado, y aguzó el oído.

Sólo captó el aullido del viento precipitándose entre los edificios.

Disgustado prosiguió su camino. La farmacia no estaba muy lejos. Bueno se iba a poner el farmacéutico cuando le sacara de la cama…

De nuevo, los pasos extraños resonaron en medio del ulular del viento. Wood se volvió, más intrigado cada vez. No pudo distinguir nada.

Su oído escuchó entre el estruendo del viento, al que ahora se mezclaba el alarido del mar embravecido percutiendo contra la costa rocosa.

No obstante, casi estaba seguro de haber oído pasos a sus espaldas, muy cerca. Siguió quieto, tenso, y por un instante sintió incluso un oscuro temor a algo desconocido.

Después, diciéndose que un futuro alumno de Quantico estaba haciendo el ridículo, prosiguió su camino apresuradamente.

Vio la farmacia al otro lado de una plazoleta. Los jardines batidos por el viento emitían sordos crujidos y alguno de los arbustos se había quebrado.

Respiró con alivio cuando vio la luz en una ventana del piso sobre la farmacia. No tendría que soportar las quejas del farmacéutico, después de todo.

Se internó por la plazoleta, entre los macizos setos que la tormenta sacudía.

Entonces, como si brotara de la tierra, aquella sombra saltó sobre él con extraña agilidad.

Wood sintió una dura garra sujetarle por el cuello. Una fuerza descomunal le dobló hacia atrás y antes de que pudiera reaccionar recordando que llevaba un revólver en la funda, algo que brillaba en la noche como una chispa de plata silbó en el aire antes de golpear contra su pecho.

Emitió un sordo quejido. El cuchillo volvió a subir y a descender como un rayo. Wood gorgoteó en medio de la orgía de sangre y cuando aquel duro brazo le soltó, cayó de rodillas, mientras la hoja de mortal acero le buscaba otra vez, y otra, con una saña implacable, cual si el ser que la manejaba no se diera por satisfecho más que cuando la sangre se hubiera convertido en un mar

burbujeante que el viento huracanado esparcía alrededor.

El agente Wood jamás asistiría a los cursillos de Quantico.

* * *

—Habrá de ingresar en el hospital —dictaminó el doctor Brady —. No tanto por las heridas como por el *shock* nervioso que ha sufrido esta noche.

Alice le miró. En sus grandes ojos seguía aleteando el miedo que dominaba cada una de las fibras de su ser.

Por su parte, el comisario gruñó:

—Llévela al hospital, doctor. Nosotros iremos a dar un vistazo a la arboleda porque si se pone a llover como anuncia el huracán, toda posible pista se borrará.

—Me gustaría acompañarles, comisario. Podría indicarle dónde vi aparecer al desconocido del rostro huesudo…

—Muy bien, lleve a la señorita y espéreme en el mismo hospital. Les recogeremos allí.

—Gracias.

Ayudó a Alice a caminar hasta la salida. Todo el hermoso cuerpo de la joven temblaba, envuelta en el abrigo.

—¿Más tranquila?

—No, doctor. Creo que ya nunca más podré olvidar esta pesadilla.

—La olvidará, qué duda cabe. Es usted joven, bonita y llena de vida. Olvidará —repitió, ayudándola a subir al coche.

Manejó con precaución, porque el viento tan pronto empujaba el auto en una dirección como en otra.

—¿Va a dejarme usted en el hospital, doctor Brady?

—Naturalmente. La cuidarán bien, y yo la veré por la mañana. He de operar a primera hora, ¿sabe?

—¿Es usted cirujano?

—Así es. Y trabajo en el hospital todos los días del año.

—No comprendo por qué, pero su compañía me infunde confianza.

Él rió con buen humor.

—Ésta es la cualidad primordial de todo médico: infundir

confianza en los pacientes.

—Dígame una cosa…

—Adelante…

—Usted, doctor, ¿me cree?

—Bien, creo que ha sido asaltada por algún perturbado. De eso no puede caber la más mínima duda. Pero si se refiere a haber sido atacada por un ser de ultratumba, no. Soy médico, y me consta que cuando una persona muere, ya jamás vuelve a la vida.

—Pero esa uña…, usted mismo dijo…

—Dije lo que me pareció evidente en aquel momento. Pero pueden haber millares de razones por las cuales apareciera en su sujetador destrozado. Incluso, alguien puede haberla utilizado para sembrar el desconcierto.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No pudo clavarla allí intencionadamente… Luchamos desesperadamente, doctor, ¿comprende? No sé cómo pude vencer el terror y pelear hasta librarme de sus garras sin desmayarme, pero le juro que aquel…, aquella cosa no pudo poner esa uña en mis ropas. La perdió en la lucha, eso es todo.

Quizá sí.

—¡Debe creerme! Hasta que me crean y enfoquen este asunto desde el ángulo acertado, no conseguirán acabar con la pesadilla. ¿No comprende que mañana puede ser atacada otra mujer, y quizá ella no tenga tanta suerte como yo?

Matt permaneció callado unos instantes.

—Hablaremos mañana —decidió al fin—, cuando haya visto el lugar de los hechos. Quizá queden huellas y podamos seguirlas antes que la lluvia las borre.

Apenas volvieron a hablar antes de llegar al edificio hospitalario. Los trámites fueron sencillos gracias al médico, de manera que la muchacha quedó instalada en una habitación y en manos de los especialistas.

Matt regresó al vestíbulo y pocos minutos después el coche del comisario se detenía ante la entrada.

4

A la luz de potentes linternas eléctricas, no les fue difícil localizar el lugar donde se había desarrollado la lucha de Alice con su atacante.

Las hierbas estaban aplastadas, algunos arbustos rotos y aparecían pedazos de las ropas interiores de la muchacha en las ramas de los matorrales.

—No cabe duda de que ha sido una buena pelea —comentó el comisario.

Matt, inclinado sobre el suelo, ayudado por la luz de una linterna, mascculló:

—Bueno, comisario; de cualquier modo, la tierra que había en la uña no es de este paraje. Hay una gruesa capa de hierba, además de que la tierra aquí es vegetal, negra y húmeda. Aquélla era tierra seca.

—Ya he pensado en eso, doctor. Es algo que no comprendo. A menos de creer que ese fulano había salido de una tumba realmente.

Dejó escapar una risita, pero en el silencio su risa sonó hueca y seca.

El bosque era espeso y entre el follaje las ráfagas violentas del viento aullaban como almas condenadas al fuego eterno.

—No comprendo cómo esa chica ha venido a parar a un lugar como éste —comentó el comisario—. El camino que lleva a la residencia de los Gauge está a un cuarto de milla de aquí.

—Se extravió, seguro. Sobre todo si advirtió que era perseguida por el tipo que luego la atacó.

—Creo que haré una visita a los Gauge, de todos modos. Esa familia siempre me ha intrigado, y nunca hasta ahora tuve un pretexto para entrar en su horrible caserón.

—Pues ahora tiene uno inmejorable. La muchacha firmó la denuncia contra Paul Gauge, así que habrán de cederle la entrada les guste o no.

La voz del detective Jolby les interrumpió.

—¡Aquí hay algo, comisario! —gritó.

Se reunieron con él. El foco de su linterna alumbraba un matorral espinoso. Entre sus espinos ondeaba un pedazo de gruesa tela negra que el viento pretendía arrancar.

—Tela de abrigo —dijo Jolby.

—Ciertamente, y el hombre que yo vi llevaba un abrigo desgarrado, hecho jirones.

—Acerca esa luz, Jolby.

El comisario arrancó el pedazo de tela y lo examinó concienzudamente.

Cuando levantó la cara, estaba más pálido que antes.

—Tierra, doctor. Está sucio de tierra seca… como la de aquella uña. Ese abrigo ha sido arrastrado por algún lugar seco de tierra blanda. Un lugar como…

—Como una sepultura, ¿es eso lo que no se atreve a decir?

—¡Cuernos! ¿Cómo voy a decir semejante despropósito?

Jolby dijo:

—¿Alguien puede explicarme qué jeroglífico es éste? Un sepulcro, la tierra seca y blanda… Maldito si entiendo nada.

—Lo sabrás cuando regresemos al despacho. Por el momento, sigue buscando. Usted, doctor, lléveme al lugar donde vio la aparición.

—No está muy lejos de aquí…

El comisario rastreó los alrededores de la carretera, allí donde el hombre del abrigo desapareciera, pero sin obtener ningún resultado.

—Bueno, era confiar demasiado en la suerte —masculló, cuando fueron a reunirse con el agente Jolby—. Ya nos sonrió lo suficiente al poner en nuestras manos ese pedazo de tela.

—¡Calle!

—¿Por qué, hombre?

—¡Silencio, comisario!

Intrigado, se detuvo y escuchó también.

El viento amainaba, pero aún chillaba entre la arboleda. Pesadas gotas de lluvia comenzaron a caer de pronto, repicando en el follaje.

—¿Y bien, doctor?

—Me pareció oír pasos detrás nuestro.

—¿Está seguro?

—Desde luego que no. El follaje amortigua el rumor, y el viento no ayuda tampoco, pero juraría que alguien quebró una rama y al moverse apresuradamente hizo ruido…

—Vamos a verlo…

Volvieron atrás, barriendo las sombras con sus linternas. Encontraron una rama tronchada y la hierba con muestras de haber sido removida, pero resultaba imposible saber si lo habían hecho ellos mismos o no.

—Volvamos con Jolby —masculló el comisario—. Si continuamos aquí acabaremos por creer en aparecidos, vampiros y fantasmas. Vaya noche la que me están dando…

Regresaron al lugar en que tuviera efecto la lucha de la muchacha con su agresor, pero no había ni rastro de Jolby ni de su linterna.

—¡Eh, Jolby! —gritó el comisario—. ¡Jolby!

—No puede andar muy lejos…

—¿Dónde diablos se habrá metido? ¡Jolby!

No obtuvo respuesta. Los dos hombres se miraron, perplejos. Peters gruñó:

—Ni siquiera se distingue el brillo de su linterna.

—No lo comprendo…

—Yo tampoco. ¡Jolby! —rugió—. ¡Condenación! ¿No me oyes? ¡Jolby!

—Es inútil. Debe haberse alejado más de lo que pensó y el viento se lleva su voz en otra dirección, comisario.

—No me gusta esto, doctor…

—¿Está poniéndose nervioso también?

—Quizá, pero este paraje me produce escalofríos. ¡Jolby!

Escucharon impacientes. La lluvia se hizo más espesa, repicando en el bosque como sobre el parche de un tambor.

—Nos vamos a calar hasta los huesos —rezongó Peters—. Y ese idiota sin aparecer.

—Quizá encontró un rastro y está siguiéndolo…

—Si es así, su obligación era llamarme y esperar. Vamos a buscarle, doctor. Me va a oír cuando le encuentre.

Sólo que no le oyó, ni mucho menos. Lo encontraron tendido entre los árboles, no muy lejos del lugar de la lucha. Tenía la cara hundida entre la hojarasca y la sangre brotaba de una enorme herida que casi le partía la cabeza por la mitad.

El comisario lanzó una retahíla de juramentos, mientras Matt se arrodillaba para reconocer a Jolby.

—No está muerto aún —gruñó—, pero no creo que dure mucho…

—¿Por qué, condenación, por qué? —masculló Peters, lleno de ira.

—Ayúdeme a llevarlo al coche, comisario, pero tenga cuidado de no moverle la cabeza.

Lo trasladaron al auto de la policía. Matt le tendió en el asiento posterior y él se acurrucó junto al inerte Jolby.

—Conduzca usted, comisario, y aprisa.

—Falta el trozo del abrigo. Se lo quedó Jolby cuando…

—¡Al diablo con el abrigo! Este hombre está muriéndose…

La lluvia inundaba la carretera, pero a pesar de la lluvia y el viento, Peters condujo de un modo suicida, sin dejar de mascullar en todo el camino hasta el hospital.

Lo que el comisario no podía imaginar era que sus preocupaciones de esa noche no habían hecho más que empezar.

5

El reloj señalaba las dos y media de la madrugada cuando el comisario entró en su despacho. Se juró una vez más que si conseguía echar el guante al individuo que había golpeado a Jolby, le haría tragar todos los dientes.

Sólo que eso no le llevaba a ninguna parte. Pensó en acostarse, pero el endiablado asunto le inquietaba de tal modo que al fin descolgó el teléfono y llamó a la farmacia.

Hubo de esperar lo que se le antojó una eternidad. Luego, al fin, y cuando ya empezaba a impacientarse, la voz gruñona y soñolienta del farmacéutico vibró a través del auricular.

—¿Qué diablos ocurre?

—¿Berg?

—Sí, sí, hable. ¿Qué pasa?

—Aquí el comisario Peters.

—¡Maldita sea! ¿Sabe usted la hora que es? Ha roto usted mi mejor sueño.

—¿Estaba durmiendo?

—¡Ésta sí que es una buena pregunta! ¿Qué esperaba que estuviera haciendo?

—Encargué que le dijeran que el examen de esa uña era muy urgente, Berg.

Hubo un breve silencio. Luego…

—Quizá esté aún medio dormido. ¿De qué uña me está hablando?

—¡No me salga ahora con que no le han traído una uña para su examen!

—Nadie me ha traído nada. Maldito si sé de qué me está hablando, Peters.

—Voy a aclarar eso ahora mismo. Volveré a llamarle.

—Sí, claro…

Colgó y saliendo de su despacho irrumpió en la sala donde los policías de servicio dormitaban.

—¿Quién ha ido a la farmacia esta noche? —gritó.

—Wood, comisario. Jolby le entregó algo para que lo analizaran…, pero no ha regresado. Pensé que tenía instrucciones adicionales.

—Wood… ¿Y no ha vuelto?

—Ya le digo…

—¡Pues tampoco llegó a la farmacia! De modo que salgan y no regresen hasta saber qué diablos le ha sucedido.

Lo que le había sucedido al agente Wood, el muchacho que cursara una solicitud para ingresar en Quantico, acabó de desencadenar la tormenta en toda la modesta organización policíaca.

Además de colocar al comisario en una posición endiabladamente incómoda y delicada, naturalmente.

* * *

Después de la tormenta, un sol pálido se alzó sobre la bahía donde las aguas seguían aún turbulentas.

En el bosque, arrancó millares de chispas de luz a las gotas de agua que temblaban en el follaje.

Y en la colina, bañó de luz los oscuros muros de la residencia de los Gauge.

Era ésta un caserón que databa de los primeros tiempos de la colonización. Después, y a capricho de cada uno de los sucesivos herederos, había sufrido innumerables reformas, todas ellas con la común característica del mal gusto, hasta el punto de que entre todas ellas habían acabado por conferirle el aspecto lóbrego, casi siniestro, que tenía en la actualidad.

Peters había contemplado el edificio muchas veces, a distancia, preguntándose cómo sería en su interior. Era fama que los Gauge,

que en Boston acostumbraban a dar brillantes fiestas mundanas, cuando se recluían en su residencia de la colina se aislaban por completo, no admitiendo extraños ni invitando jamás a nadie.

Ahora tendrían que cambiar de costumbres, pensó el comisario, mientras conducía el coche por la serpenteante carretera que desembocaba en el parque de la residencia. Había una denuncia en regla y eso le daba poderosas atribuciones.

Hubo de esperar una barbaridad de tiempo ante la verja, antes de que apareciera el chófer para cederle la entrada. Era un individuo ceñudo, taciturno, que apenas pronunció un bronco saludo al abrir la verja de hierro.

Peters atravesó el parque hasta detener el coche ante el pie de la imponente escalinata de entrada a la casa.

Un hombre viejo, encorvado, le esperaba arriba, en la puerta. El comisario pensó que sería una especie de mayordomo y se apeó del coche, mirando a su alrededor.

El parque mostraba evidentes huellas de descuido, aunque bien es verdad que para mantener en condiciones una extensión de tierra semejante se necesitaría un regimiento de jardineros.

Subió la escalinata un tanto preocupado por el recibimiento que pudieran dispensarle los Gauge. Cuando se fijó en el hombre que le esperaba se detuvo en seco sintiendo frío en los huesos.

El hombre contaba tantos años que seguramente él mismo habría perdido la cuenta. Vestía unas ropas anticuadas, con un chaleco a rayas negras y amarillas tan descoloridas que tenían un aspecto terroso. Encorvado por los años, tenía un rostro en el que destacaba una pupila negra y brillante. El otro ojo era sólo un globo blanco veteado de rojo, vítreo y siniestro. Las cejas eran espesas como cepillos, y sus cabellos, crespos y grises, tenían aspecto de rígidas cerdas. Al comisario le recordó una gárgola que viera una vez en la catedral de San Patricio.

Miró con su único ojo al visitante y masculló:

—Están esperándole.

Peters tragó saliva y avanzó, pasando al lado del sirviente y esforzándose por disimular la impresión que el viejo le había causado.

—En el salón, sígame —dijo el inquietante personaje.

Su voz era bronca, rasposa y titubeante, como si hubiera bebido

demasiado. Peters le siguió mirando a su alrededor con inmensa curiosidad. Pocos eran los habitantes de Fairhaven que habían traspasado aquella puerta.

El vestíbulo era inmenso, con los muros cubiertos de viejos tapices y grandes pinturas. Los muebles databan por lo menos de doscientos años atrás y la carcoma había dejado ya visibles muestras de su paso.

El encorvado mayordomo abrió una pesada puerta y dijo:

—Entre, le recibirán en seguida.

El comisario se encontró en una biblioteca espaciosa. En la gran chimenea ardía un alegre fuego de troncos de pino que esparcían su olor por toda la estancia. Sobre las paredes se apiñaban las estanterías repletas de gruesos volúmenes, casi tan viejos como la casa.

No había nadie allí de modo que Peters tuvo tiempo sobrado de curiosear a su alrededor, fijándose en el gran cuadro que colgaba sobre la chimenea.

Era un retrato representando a un hombre corpulento, vestido a la usanza de los primeros colonos que pelearon en el territorio para convertirlo en un lugar habitable para el hombre blanco. Su rostro grueso y pesado tenía una expresión inquietante, cruel y en él destacaban unos ojos oscuros, hundidos, que parecían mirar al comisario con desprecio, como preguntándose la mejor manera de abrirlo en canal.

Se estremeció ante el cuadro, pero no podía apartar la mirada de él.

Entonces, tras él una voz seca dijo:

—Se llamaba Abel Gauge. Fue el fundador de la dinastía.

Peters giró en redondo, sobresaltado.

Había una mujer en el umbral. Una mujer que rondaría quizá los ochenta años, pero que se mantenía erguida con su cuerpo seco y fibroso como un sarmiento.

—¿Señora Gauge? —balbuceó—. No la oí llegar, discúlpeme.

—Me halaga que nuestro antepasado le subyugara hasta ese extremo. Siéntese.

Era una orden, no una invitación.

Ella se internó en la biblioteca. Se movía procurando poner majestad en todos sus ademanes, consciente de su importancia.

—Le he dicho que tome asiento —repitió, acomodándose ella en una butaca.

Peters lo hizo, tratando de encontrar una fórmula que le permitiera abordar el asunto que le había llevado hasta allí.

La mujer, tras un carraspeo, dijo:

—He accedido a recibirle sólo por el cargo que ostenta, comisario. Ahora, exponga el motivo de su insistencia en molestarnos y sea breve.

—Hubiese preferido hablar con su hijo Paul, señora Gauge.

—Hable conmigo.

—Muy bien. ¿Vio usted a la muchacha que estuvo ayer aquí?

—No la vi.

—Pero usted sabía que iba a venir.

—Por supuesto. Respondió al anuncio solicitando una secretaria. Pero fue mi hijo quien la recibió.

Peters vio llegada su oportunidad.

—Hizo algo más que recibirla, señora Gauge.

—¿De veras?

—Ella ha presentado una denuncia contra Paul Gauge. Una denuncia en regla por agresión con propósitos que no es necesario que le mencione en este momento.

—La desvergonzada… ¿Se ha atrevido a denunciar a mi hijo?

—En toda regla, ciertamente…

La mujer dejó escapar un bufido de ira.

—Haré que se arrepienta de su cinismo, comisario. Mi hijo me contó todo lo que había sucedido entre ellos dos… Fue completamente sincero conmigo, como siempre. Esa mujer le provocó…, intentó por todos los medios atraérselo, consciente de nuestra fortuna e importancia social. Tuvo incluso la desvergüenza de despojarse del vestido…

—Espere un momento, señora.

—¡Casi se desnudó delante de mi hijo! Y me parece muy poco digno de un representante de la ley dar crédito a una mujerzuela cualquiera, comisario.

Peters se levantó, rojo de ira. No obstante, aún logró contenerse.

—¿Es eso lo que piensan alegar cuando se celebre el juicio?

—No habrá vista preliminar ni de ninguna otra clase. Por lo visto, usted ignora el significado del apellido Gauge.

—Señora, he sido un iluso hasta ahora. A pesar de mis años, reconozco que tenía una idea romántica y equivocada de los grandes nombres de nuestra historia.

—¿Qué pretende decir con eso?

—Estaba convencido de que la gente que lleva un nombre glorioso, tiene el valor de afrontar sus propios errores cara a cara. Lamento haberme equivocado.

—Salga de aquí, comisario. Creo que le he concedido demasiado tiempo. Buenos días.

Peters se dirigió a la puerta. No obstante, antes de abrirla, se volvió y dijo, deseando inquietar por lo menos a aquella arpía:

—Por si le interesa saberlo, esa muchacha tenía el cuerpo lleno de heridas suficientes con los que afianzar su denuncia. Por si eso fuera poco, un médico la reconoció, certificando el indudable origen de los arañazos.

—Puede esperarse eso y mucho más de esas mujerzuelas sin escrúpulos.

Dio media vuelta y Peters se quedó mascando la réplica.

Salió y en el vestíbulo estuvo a punto de tropezar con el siniestro hombrecillo vestido de mayordomo.

—Por aquí, señor…

—Recuerdo el camino.

No le valió. El mayordomo le escoltó hasta verle descender la escalinata de entrada.

Sentado en el coche, Peters dirigió una última mirada a la lúgubre mansión. No pudo evitar una mueca de disgusto. Luego, cuando conectó el encendido y el motor comenzó a girar, descubrió el subrepticio movimiento detrás de un ventanal del primer piso. No pudo ver quién estaba allí, espiándole, aunque imaginó que sería sin duda el propio Paul Gauge.

Durante el viaje de regreso no cesó de pensar en aquella desgraciada mujer de ojos como cuentas de vidrio, implacable, encastillada en su orgullo y su poder.

Condujo despacio, fijándose en los recovecos del camino, hasta llegar a la carretera de la costa. Alice Grant debió abandonar ese mismo camino en algún lugar cercano, asustada por la persecución de que era objeto.

Naturalmente, nada de lo que vio le sirvió para desentrañar

aquella faceta del misterio que le quitaba el sueño y el sosiego.

Un misterio que había costado la vida al joven policía Wood, y que mantenía entre la vida y la muerte al detective Jolby.

Comenzó a pensar que muy bien podía existir una relación entre ese misterio y el intento de asalto sexual de que Alice fuera víctima en la siniestra residencia que acababa de abandonar. Si fuera así…

Si realmente fuera así, se juró no cesar hasta aplicar todo el peso de la ley a los Gauge, sin que su poder y sus influencias pudieran desviarlo en absoluto de su determinación.

Sólo que no se hacía excesivas ilusiones al respecto. Después de todo, el comisario era un hombre sensato y consecuente…

6

Encontró al doctor Brady en el momento en que éste abandonaba la habitación de Jolby.

—¿Cómo está el muchacho, doctor? —indagó.

—Reacciona bien, comisario, pero no es conveniente que reciba visitas todavía.

—Quiero preguntarle un par de cosas, doctor. Estamos atascados, ¿comprende?

—No sacará nada concreto. Él me ha revelado que le golpearon por detrás. Un golpe tremendo, como ya pudimos comprobar nosotros mismos. Perdió el conocimiento y eso es todo. Tenía el pedazo de abrigo en su poder cuando le golpearon.

—Lo cual demuestra que la agresión se debió solamente que el atacante quería recuperar ese pedazo de abrigo.

—Ni más ni menos. Y el que asesinó al otro policía quiso recuperar la uña…

—Pero ¿por qué, condenación?

—Bueno, imagino que tanto una cosa como la otra nos habrían revelado la condición del asaltante…

—La uña de un muerto… Acabaré creyendo en fantasmas.

—Y el trozo de tela podía ser parte de una mortaja, comisario.

—No bromee, doctor.

—Lo gracioso de este asunto, es que no bromeo en absoluto. Voy a ver cómo sigue la muchacha. ¿Quiere acompañarme?

—Seguro. Deseo hablar con ella también. He tenido una corta charla con la vieja bruja.

—¿Con quién?

—La vieja Gauge. Un esperpento, doctor. Y tan acogedora y amable como un gato montés.

Alice ofrecía un delicioso aspecto, recostada en su blanco lecho del hospital. Cuando entraron sonrió y todo su rostro pareció llenarse de una luz nueva.

—Ya veo que se encuentra perfectamente —comentó Peters, estrechándole la mano.

—Me tratan demasiado bien, comisario. Especialmente el doctor Brady.

El policía se echó a reír.

—Si yo fuera soltero, le doy mi palabra de honor de que no habría otro paciente más que usted.

—¿Ha venido sólo a galantear a mi paciente, comisario?

—Ojalá no tuviera otra preocupación más que ésa… No, quiero hablar con ella de su encuentro con Paul Gauge.

—¿Qué desea saber?

—Esta mañana he tenido una entrevista con la madre de Gauge. ¿La vio usted cuando estuvo en aquella maldita casa?

—No, sólo a él.

—No estaba muy seguro de que la vieja me hubiera dicho la verdad cuando afirmó que no la había visto a usted.

—De eso no estoy segura.

—¿Qué quiere decir?

—Él… Paul Gauge, me recibió en una sala interior, llena de pesados cortinajes y tapices. Estuvimos solos todo el tiempo, pero hubo momentos en que tuve la inquietante sensación de que alguien me observaba desde alguna parte oculta. Quizá detrás de los cortinajes, no sé; fue una sensación muy desagradable, comisario.

—¿Quiere decir que la vieja pudo estar observándola?

—No me sorprendería. Había mil lugares en aquella estancia desde los que observar sin ser visto.

—Bien, de cualquier modo, quiero decirle que van a hacerle las cosas muy difíciles.

—¿En qué sentido?

—La vieja arpía no ha titubeado en decirme cómo van a basar su defensa… si llegan a necesitar hacerlo. Usted fue allí y provocó sexualmente a su hijito. Utilizó todos los trucos para hacerle perder la brújula, llegando al extremo inconcebible de despojarse del

vestido…

Alice se enderezó en la cama, pálida de ira.

—¿Eso le han dicho a usted? —balbuceó.

—Exactamente.

—¡Miserable! Fue él quien me atacó cuando yo no correspondí a sus insinuaciones. Y si esa maldita mujer estaba escondida allí, espiándonos, lo sabe tan bien como yo.

—Desde luego que sí, pero aunque sea humillante reconocerlo, mucho me temo que ante un jurado la palabra de los Gauge pese más que la de usted.

Matt gruñó:

—¿Le ha hablado usted a esa mujer de lo que sucedió después en el bosque?

—No. Eso le hubiera revelado el modo de achacar a otro las posibles huellas del asalto de su hijo.

Alice suspiró.

—Siguen ustedes sin dar crédito a mi aventura entre los árboles —dijo, desalentada.

—¿Le ha contado el doctor lo que les sucedió a mis hombres, en relación con esa aventura?

—No me ha dicho nada. ¿Qué pasó?

Matt se anticipó al comisario.

—Lo sabrá usted cuando la dé de alta. Hasta entonces, limítese a descansar y seguir las instrucciones de los médicos que la atienden.

Peters se despidió de ella y una vez en el pasillo, comentó:

—Viéndola tan hermosa uno se explica que haya quien pierda la chaveta por ella y cometa una salvajada. ¡Qué chica, doctor!

—Recuerde que es usted un hombre casado.

—No tiene por qué recordarme cosas desagradables —gruñó Peters entre dientes—. ¿Cuándo podré ver a Jolby?

—Pruebe a última hora de la tarde… Oiga, comisario, ¿qué piensa hacer respecto al asaltante del bosque?

—No puedo hacer nada en absoluto. Buscarlo en la arboleda sería una estupidez, porque a estas horas debe encontrarse a mil millas de distancia, porque sin ninguna duda ya sabe que le buscamos y que la muchacha presentó una denuncia.

—Tal vez no se haya marchado tan lejos —dijo Matt entre dientes.

—¿Por qué no?

—Porque no sabemos cómo reacciona su mente, si realmente es un perturbado. Estuve pensando mucho en él anoche, comisario.

—No más que yo, seguro.

—Tal vez no, pero llegué a la conclusión de que ese individuo, perturbado o no, debe vivir en algún lugar cercano al bosque. De otro modo no tendría explicación alguna el que estuviera allí anoche, con la niebla y todo lo demás.

—Pudo tratarse de un vagabundo que estuviera sólo de paso.

—¿Y que luego se quedó por estas cercanías, espiándonos a todos para recuperar la uña y el trozo de tela?

—Reconozco que no tengo ninguna explicación para eso… Como tampoco comprendo por qué el tipo consideró tan importante la uña que llegó al crimen por recuperarla. Y fue un crimen inútil y sádico como pocos. El pobre Wood estaba materialmente cosido a cuchilladas cuando le encontramos.

—Lo sé, he visto el cuerpo en el depósito. Prácticamente destrozado. De modo, comisario —dijo Matt, volviendo al temo que le intrigaba—, ¿no enviará a su gente para seguir rastreando el bosque?

—No quiero que pierdan el tiempo. Además, cuando se refiere usted a mi gente, debe saber que en estos momentos la plantilla policíaca se compone exactamente de un detective de primera llamado Evans y dos guardias de uniforme que ya tienen bastante trabajo en la población.

—Entiendo.

Peters le observó, inquieto.

—¿En qué está pensando, doctor?

—En nada concreto. O quizá sí… ¿Puede decirme si hay algún cementerio en las cercanías del bosque?

El comisario acusó un escalofrío a lo largo del cuerpo.

—No empecemos otra vez con los aparecidos, doctor…

—Lo hay, ¿sí o no?

—Por supuesto que no. A menos…

—Continúe.

—A alguna distancia del caserón de los Gauge existen las minas de una capilla, y junto a ésta un pequeño cementerio privado, donde en el pasado enterraban a los miembros de esa familia.

—¿Quiere esto decir que en la actualidad ya no hay entierros allí?

—Que yo recuerde, no ha sido enterrado nadie desde que murió el viejo Simon Gauge. Sus dos hijos ya fueron enterrados en Boston, según tengo entendido.

—¿Murieron dos hijos?

—Hermanos de Paul Gauge. Uno sucumbió en un accidente, y el otro, creo que era el mayor, murió de no recuerdo qué enfermedad.

—Y ya no los enterraron aquí, según usted.

El comisario sacudió la cabeza de un lado a otro.

Matt encendió un cigarrillo tras ofrecerle al policía.

Peters gruñó:

—¿Intenta relacionar usted el cementerio de la familia Gauge con lo sucedido a la chica?

—No, comisario. Sólo trato de formarme una composición de lugar, eso es todo.

Peters se quedó mirándole con una expresión intrigada y llena de dudas.

—Usted tiene una idea entre ceja y ceja, doctor, no lo niegue.

—Bueno, sólo me preguntaba si la tierra de ese cementerio sería la misma que había en la uña y en el trozo de abrigo.

—¡Por todos los diablos! —bufó el comisario—. No me salga ahora con que cree de veras que ambas cosas salieron de un sepulcro.

—¿Por qué no? Alguien pudo haberlas quitado de allí. No olvide usted que la uña *estaba realmente muerta*. La raíz no tenía vida, y aparecía sucia y carcomida.

—Tiene usted ideas condenadamente macabras, doctor. No me cabe en la cabeza que alguien tenga el suficiente estómago como para arrancarle una uña a un cadáver y…

—Quizá no se la arrancó. Si yo estuviera en su lugar, comisario, enviaría a alguien a ese cementerio para que realizase un escrutinio a fondo en él. Quizá encuentre huellas de una tumba recién removida, o muestras de tierra semejante a la que vimos. En realidad, cualquier muestra de tierra que encuentren allí puede ser un indicio, pero jamás una prueba puesto que no tenemos otra con la que compararla en un análisis científico.

Peters se quedó mirándole, perplejo y lleno de dudas.

—Muy bien —gruñó al fin—; acepto su sugerencia. Mandaré a Evans. Es un hombrón que no le teme ni al mismísimo conde Drácula que apareciera de repente en su cama. Pero que Dios nos asista si la vieja arpía descubre lo que estamos haciendo con sus antepasados.

—Hágame saber el resultado, si obtiene alguno.

Matt Brady esbozó un gesto de despedida y se fue a atender su propio trabajo.

Refunfuñando entre dientes, Peters abandonó el hospital sintiéndose preso en una tela de araña en el centro de la cual, esperando su presa, se hallaba una bruja muy parecida a una vieja dama que detestaba cordialmente desde que la conociera pocas horas antes…

7

Evans era un policía nato. Además, tenía una mente despejada y lógica y tal como dijera el comisario no le temía a nada en este mundo.

Plantado ante la cerca del pequeño cementerio, paseó la mirada alrededor preguntándose una vez más qué demonios esperaba el comisario que pudiera encontrar allí.

Las hierbas crecían a su antojo entre las tumbas, que el tiempo había oscurecido. Matorrales salvajes profanaban lo que en otro tiempo fueran diminutos jardines aislados, en el centro de cada uno de los cuales apenas se distinguían ahora las losas de piedra o mármol.

Recordando las instrucciones recibidas, se aseguró de que no había nadie en las cercanías que pudiera descubrirle. Luego, sin vacilar, saltó la cerca y se internó por el blando suelo del cementerio.

La lluvia de la noche pasada formaba charcos aquí y allá. Evans los sorteó, y acercándose a la primera sepultura comprobó que la pesada lápida que la cubría estaba firmemente sujeta. Ni siquiera utilizando todas sus fuerzas logró moverla ni media pulgada.

Fastidiado por una tarea tan absurda, fue repitiendo la misma operación hasta llegar al fondo del cementerio. Allí, adosada al muro de piedra, había una pequeña cripta cerrada por una verja de hierro enmohecido.

Evans se detuvo y encendió un cigarrillo. Un enorme lagarto se deslizó casi entre sus pies. Le disparó un puntapié, pero falló y el animal desapareció en el interior de la cripta, colándose entre los

viejos barrotes de la reja.

Evans se preguntó qué más podía hacer. La tierra de que le habían hablado habría de quedar para otra visita, cuando se hubiera secado el suelo ahora encharcado. En cuanto a las sepulturas, no había ni una que hubiera sido removida desde tiempos remotos.

Acabó de saborear el cigarrillo y aplastó la colilla bajo su pie. Fue entonces que descubrió las huellas frente a la verja de hierro.

Inclinándose, las examinó con atención. Era indudable que alguien había andado por allí no hacía mucho tiempo. Las hierbas estaban aplastadas y la reciente lluvia las había pegado al blando suelo.

Se irguió, intrigado, mirando la cerrada entrada del pequeño panteón. Una idea cruzó por su mente como un chispazo, y agarrando los barrotes tiró con fuerza.

Casi se cayó de espaldas cuando la reja cedió con un chirrido, abriéndose de par en par.

Ahora sí titubeó. Ante él se abría una oscura escalera que parecía hundirse en la tierra. Los peldaños eran de piedra llena de moho verdoso y húmedo. Evans se preguntó hasta dónde debía llegar en su investigación, porque profanar una sepultura no entraba en sus cálculos.

Al fin, su espíritu profesional pudo más que la razón y avanzó, encendiendo una pequeña linterna eléctrica de bolsillo.

La escalera se prolongaba hasta una estancia cuadrada, húmeda y repelente en cuyas paredes había sendos sepulcros. Cuatro en total, y en cada uno de ellos aparecía un antiguo ataúd, carcomido y cubierto de polvo. Valiéndose de la luz de la linterna, Evans leyó las inscripciones de cada sepultura.

Desde luego, todas contenían los restos de viejos antepasados de la familia Gauge. Archivó en su memoria que el más reciente de los ataúdes y su forzado inquilino databan del año mil ochocientos uno.

Luego comprobó que la tierra de la cripta era también húmeda y maloliente. Nada de tierra seca y parda, como había mencionado el comisario.

De modo que ya podía largarse. Suspiró al erguirse y por última vez, como despedida, paseó el rayo de luz de la linterna alrededor de las paredes de piedra, con sus cavidades en las que reposaban el

sueño eterno los gloriosos antepasados de una familia detestable, según su particular opinión.

Entonces, en un ángulo, creyó descubrir una profunda grieta. Cuando la examinó de más cerca se dio cuenta de que no era una grieta, sino uno de los lados de lo que parecía ser una gran piedra.

Por su imaginación pasaron retazos de historias macabras, escenas de películas terroríficas y fragmentos de cuentos de horror leídos alguna vez. Porque aquello tenía todas las apariencias de una entrada secreta a algún lóbrego pasadizo.

Por primera vez, Evans sintió un leve escalofrío, aunque casi al instante se avergonzó de sentir temor a los muertos. Como para afianzar su propia confianza en sí mismo, empujó con todas sus fuerzas aquella porción de muro… y la piedra se desplazó suavemente hacia adentro, dejando al descubierto la negra cavidad de una entrada.

Evans vaciló, dirigiendo el rayo de luz al fondo de aquella negrura. No pudo distinguir otra cosa que un pasadizo estrecho, labrado en la roca, y que se perdía más allá de donde alcanzaba la claridad de su linterna.

Después de todo, iba a presentarle un completo informe al comisario, un informe con detalles de historia macabra, pero que le demostraría que él era el mejor de todos sus ayudantes.

Así que agachándose se coló por la abertura y guiándose con la luz enfocada al suelo avanzó encorvado, porque su elevada estatura le impedía erguirse sin romperse la crisma contra la mal labrada roca del techo abovedado.

Tanto las paredes como el suelo aparecían recubiertos por un musgo verdoso, oscuro y pestilente. Avanzaba cautelosamente, evitando resbalar o golpear contra cualquiera de los muchos salientes de las rocas. Y así llegó al final del pasadizo y se encontró ante un muro de piedra cerrándole el paso.

Lo recorrió con la luz, pulgada a pulgada. No tardó en descubrir las junturas del recuadro y sonrió para sí. Resultaría chocante que el comisario hubiera acertado en sus sospechas de que en el pequeño cementerio había algo misterioso digno de ser investigado.

El corpulento policía empujó la pared que tenía enfrente, pero esta vez la roca no se movió.

Empezó a sudar por el esfuerzo, pero no cejó. Volvió a reconocer

la hendidura, tanteando con fuerza aquí y allá, presionando en busca de un mecanismo oculto.

De pronto cayó en la cuenta de que aquella galería subterránea debía haber sido labrada en la época en que se construyó el cementerio, centenares de años atrás, y entonces no existían mecanismos automáticos.

De modo que redobló sus esfuerzos, y repentinamente la porción de muro cedió y él se quedó plantado en la abertura, jadeando y recobrando el aliento.

Estaba ante otro corto pasadizo, sólo que ahora la luz le reveló que al fondo, en lugar de un muro de piedra, había una sólida puerta de madera.

Recorrió la distancia rápidamente. Aquella puerta debía atesorar también centenares de años a juzgar por su aspecto. Una enorme cerradura no era más que una sólida masa de herrumbre, de modo que era totalmente inservible.

Evans empujó la puerta suavemente y ésta cedió unas pulgadas. Al otro lado, por la rendija, descubrió la mortecina luz del crepúsculo colándose por algún hueco.

Acabó de abrir la puerta apagando la linterna y se quedó en el umbral, estremecido por la horrible visión que apareció ante su mirada.

La estancia era semejante en dimensiones a la cripta exterior. Su aspecto era también sólido, pétreo. Un pequeño tragaluz junto al techo dejaba pasar la última luz del día que agonizaba.

Había una vieja mesa, una silla y un estante.

Además de un estrecho camastro adosado a un rincón.

Y era allí donde estaba el horror que le había paralizado al entrar, porque encima del camastro reposaba el cadáver de un hombre en plena descomposición. El hedor era nauseabundo; un hedor extraño y repugnante que le produjo náuseas.

Estupefacto, Evans se movió al fin, acercándose al camastro. Alguien habría de explicar por qué no era enterrado aquel cuerpo de cuyo rostro apenas quedaba la mitad.

Era una visión de pesadilla y Evans apartó la mirada con repugnancia infinita. Mas fue en el instante en que apartaba los ojos de aquel horror que le pareció percibir el leve movimiento de la cabeza.

No pudo evitar un vivo sobresalto. Forzando su voluntad, se obligó a mirarlo otra vez.

La cabeza estaba inmóvil, por supuesto. Suspiró, aliviado. Pero entonces, y sin lugar a dudas, captó el apenas perceptible vaivén del pecho.

¡El cadáver empezaba a respirar!

Incapaz de contenerse, Evans dio un paso atrás, sintiendo un temor nauseabundo paralizarle el corazón ante algo que su mente lógica se negaba a admitir.

Ya no tenía dudas. El escuálido torso del cadáver se movía. Muy débilmente, pero respiraba, como si volviera a la vida después de haber permanecido muerto una eternidad.

Evans se mordió el labio con fuerza porque sentía tremendos deseos de gritar. Luego, recordó que en una funda axilar llevaba su revólver de reglamento y hundió la mano bajo la solapa.

Fue todo lo que hizo; algo terriblemente duro le golpeó en la nuca y todo pareció estallar a su alrededor.

Cayó hacia delante, de bruces. Pero mientras caía, mientras se hundía en los abismos de la inconsciencia, aún percibió borrosamente el lento movimiento de la cabeza del cadáver, que giraba hacia él, mirándole con un solo ojo inmensamente abierto… y con el otro vacío, negra cavidad que parecía hundirse hasta las profundidades del cráneo…

Tras esto, Evans golpeó el suelo con la cara y ya no supo nada más, cosa que, después de todo, fue una auténtica suerte para él.

8

Peters esperó hasta que hubo cerrado la noche.

Entonces su inquietud fue superior a sus fuerzas y levantándose llamó a uno de los dos guardias que estaban de servicio allá fuera.

—¿Nada todavía? —preguntó.

—No, señor.

—No es posible que haya permanecido tanto tiempo allí… Todo lo que tenía que hacer podía terminarlo en un par de horas.

—Evans tiene experiencia, comisario. Tal vez haya encontrado dificultades.

—Ya debería estar aquí.

Regresó a su despacho, donde estuvo paseándose de un lado a otro como una fiera enjaulada.

A las nueve y media se decidió.

Abrió un cajón de la mesa y tomó una automática de feo aspecto. Comprobó el cargador, puso el seguro y la sujetó en el cinto.

—Preparen mi coche —ordenó—. Uno de ustedes me acompañará. Ocúpense de que haya linternas en el auto.

Descolgó el teléfono y llamó al hospital, esperando hasta que el doctor Brady estuvo al aparato.

—¿Cómo está Jolby, doctor?

—Mejor de lo que cabía esperar. Pero si se refiere usted a la posible ayuda de su detective, olvídelo. Sólo sabe que le golpearon por detrás; por ahora, eso es todo.

—Bien, lo importante es que viva. Pero ahora tengo otro problema… Evans, el compañero de Jolby ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Eso es. Hice caso a su consejo, doctor, y le mandé investigar discretamente en el cementerio de los Gauge. Bueno, no ha regresado.

—¡Espere un momento, comisario!

—Voy a buscarlo, eso es todo.

—Iré con usted y…

—Esta vez no. Ya estoy harto de su ayuda, doctor. Ocúpese de sus pacientes y déjenos a nosotros realizar nuestro propio trabajo.

Matt intentó insistir, pero el comisario colgó el teléfono dejándole con la palabra en la boca.

Disgustado, depositó el auricular en el soporte. Estuvo unos momentos quieto, fumando preocupado. Después se dirigió a su despacho, donde se cambió de ropa y encaminándose a la salida se dispuso a desobedecer las disposiciones del comisario.

Por el pasillo se cruzó con un hombre corpulento, de rostro pálido y sombrío. Estuvo a punto de detenerle para indagar qué estaba haciendo allí a semejantes horas de la noche, pero la impaciencia por alcanzar a Peters a tiempo le hizo desistir de su idea.

No obstante, en el vestíbulo se detuvo ante la recepcionista y le espetó:

—¿Ha dejado pasar usted un visitante a estas horas, Maureen?

—Lo siento, doctor, pero ha insistido tanto… y ha venido de tan lejos para ver a su hermana que no he podido negarme.

—Eso vulnera todos los reglamentos. Ocúpese de que salga inmediatamente, antes que la cosa trascienda.

—Lo haré, doctor. Pero pensé que la señorita Alice agradecería esta visita y…

—¿Alice?

La enfermera asintió.

Matt soltó un juramento y echó a correr escaleras arriba.

Cuando desembocó en el pasillo donde estaba la habitación de la muchacha descubrió un bulto blanco tendido en el suelo y apenas si pudo contener un quejido de alarma.

Era una enfermera y sin ninguna duda había recibido un terrible golpe. Estaba inconsciente y de su sien se deslizaba un hilillo de sangre.

Matt saltó hacia la habitación de Alice. El lecho estaba revuelto y vacío.

Una angustia mortal le atenazó durante unos segundos. Luego, corrió al pasillo y disparó la señal de alarma, poniendo en conmoción a todo el personal de servicio.

Volvió junto a la enfermera caída y comprobó que todavía alentaba. Tras esto, echó a correr hacia las escaleras de servicio.

Saltó los peldaños como empujado por un huracán hasta llegar a la planta baja, cruzándose ya con los internos y enfermeras que zumbaban en todas direcciones. Les gritó que ayudaran a la enfermera herida, empujó los batientes de la salida y se encontró en el patio de coches del hospital.

Había un par de ambulancias aparcadas y los autos del personal.

Más allá de las ambulancias descubrió el raudo movimiento del hombre que huía con el bulto blanco de la muchacha.

—¡Deténgase…! —aulló, lanzándose en su persecución.

El fugitivo desapareció detrás de los coches. Ciego de ira, pero atenazado por la angustia, el doctor Brady redobló su carrera.

Casi tropezó con el cuerpo de Alice al doblar la fila de autos estacionados. Se detuvo en seco, trastabillando, y con un suspiro de alivio se inclinó sobre la muchacha.

Demasiado tarde, comprendió que aquello era una trampa y trató de levantarse, al tiempo que giraba frenéticamente.

Vio la oscura masa del hombre, y algo negro que descendía sobre él como un relámpago.

El golpe le alcanzó de refilón, aturdiéndole. Rodó a un lado con millares de lucecillas chispeando dentro del cráneo.

El agresor avanzó sin prisas hacia él. Matt se agazapó como una fiera al acecho, rechinando los dientes.

El otro jadeaba cuando de nuevo se dispuso a descargar su mortífero golpe. Pero entonces Brady brincó encorvado y su cabeza se hundió como un ariete en el desguarnecido estómago del criminal.

Sonó un sordo golpe y el gigante cayó sentado, gruñendo como un animal furioso. Matt giró como una peonza y disparó un puntapié con todas sus fuerzas.

Alcanzó su objetivo, el mentón de su enemigo. Hubo un crujido y un rugido de dolor, todo a un tiempo, mientras el hombre rodaba

fuera de su alcance, aturdido, sacudiendo la cabeza.

Brady estaba fuera de sí y por primera vez en su vida sólo deseaba destruir, matar en lugar de salvar vidas. Se precipitó contra su adversario cuando éste se incorporaba y demasiado tarde comprendió que eso era un error tratándose de un individuo tan poderoso.

Recibió un impacto demoledor en la quijada que le levantó del suelo. Cayó sentado, con la cabeza zumbándole, incapaz de reaccionar con la premura necesaria…

No obstante, la desesperación le dio fuerzas suficientes y medio inconsciente logró ponerse en pie.

Pero ya no encontró a nadie con quien luchar. Su atacante había desaparecido.

Con una mortal angustia en el corazón, se precipitó hacia donde dejara a Alice, temiendo que el criminal hubiera vuelto a apoderarse de ella.

La muchacha continuaba tendida en el suelo, respirando espasmódicamente. Esta vez, la levantó en brazos, captando el hedor del anestésico con que la habían dejado inconsciente.

Con ella en brazos regresó al hospital, donde todo andaba revuelto al cundir la alarma. Le informaron de que la enfermera sufría una grave conmoción y que estaba siendo atendida por los médicos de servicio.

Cuarenta minutos más tarde consiguió que Alice recobrara el conocimiento, aunque bajo un estado de aturdimiento y excitación inquietante.

—Tranquilícese… ya no tiene nada que temer —murmuró junto a ella.

—¿Doctor…?

—Sí, estoy aquí, Alice.

—¿Qué sucedió?

—Si no lo recuerda no habremos adelantado mucho. Alguien le aplicó cloroformo. Un intento de rapto que logré evitar cuando ya estaba fuera del hospital.

Ella parpadeó, asustada.

—Se apagó la luz…, creí que era una avería. Entonces, alguien entró y… Sí, ahora recuerdo que me ahogaba… Tenía algo sobre la cara… y el hedor del cloroformo…

—¿No vio al asaltante?

—No, se había apagado la luz. ¿Qué le ha pasado en la cara, doctor?

Él sonrió.

—En las películas suelen decir que han tropezado con una puerta. Yo tropecé con un puño, y le aseguro que era más duro que una puerta.

—¡Ha peleado por mí, doctor!

—No vaya a tomarme por un caballero andante ahora. Luché con el fulano que intentaba llevársela, eso es todo.

—Dios santo, pudieron haberle matado.

—Lo mismo digo respecto a usted. ¿No se le ha ocurrido pensar por qué querían llevársela?

—Bueno, no…

—Conoce usted algún secreto que quieren borrar definitivamente. Para ello no dudarán en recurrir al asesinato otra vez.

—Pero ¿quiénes?

—No puedo saberlo. Tal vez ese Paul Gauge, o quizá se trate de algo relacionado con el asaltante del bosque, ese supuesto monstruo de quien usted escapó.

—Doctor… ¿no va a creerme nunca?

—La creo, aunque estoy seguro que existe una explicación racional a la presencia de ese individuo en la arboleda. Y ahora, descanse. Ya no tiene nada que temer.

La miró al fondo de los ojos. Sintió una gran ternura por ella, por su desamparo, por todo lo que la rodeaba. O tal vez se tratase de otro sentimiento.

Matt Brady no había estado nunca enamorado. Sus aventuras eróticas se habían limitado a fugaces romances en los que no intervino jamás el sentimiento.

Ahora, la cosa era distinta y no sabía si alegrarse o lamentarlo porque enamorarse significaba perder su amada libertad.

Ella sonrió en medio de su miedo y su aturdimiento.

—Tiene usted una expresión rara, doctor…

—Estaba pensando…

—¿En qué, si no es un secreto?

—Es secreto todavía. Pero le concierne a usted. Hablaremos

cuando se encuentre más fuerte.

—Estoy muy bien ahora, doctor Brady, de veras.

—¿Lo bastante fuerte para decidir si quiere casarse conmigo o no?

—¡Doctor…!

—No vaya a sufrir un síncope de todos modos.

—Puedo decidirlo sin ningún riesgo.

—¿Entonces?

—Bésame primero. ¿O no sabes cómo hay que hacer estas cosas?

Un tanto inquieto, el doctor hizo algunas prácticas y después le demostró que sí, que realmente sabía cómo se hacían *esas cosas*.

9

La vieja señora Gauge clavó sus ojos duros como el diamante en su hijo, plantado ante ella, y barbotó:

—Puedes sentirte satisfecho una vez más, hijo. Nunca he comprendido que si deseas divertirte tengas que complicar las cosas de este modo. Podrías marcharte a la ciudad, digo yo.

—No pensé que fuera una chica tan tonta, mamá. Todo lo que hice fue tratar de besarla.

—¿Y para besarla tuviste que desgarrarle el vestido? Por lo menos no me tomes por estúpida. Y haz lo que te he dicho.

Paul Gauge sacudió la cabeza, disgustado. Era un individuo delgado, amanerado, en cuyo rostro inexpresivo habían dejado profunda huella los vicios acumulados a lo largo de generaciones.

Su madre insistió:

—Quiero que vayas a ver a esa mujerzuela esté donde esté, y le presentes tus disculpas. Pórtate como un caballero arrepentido y borra de ella la mala impresión que le causaste. Si insiste en seguir adelante con su denuncia, en estos momentos puede crearnos problemas.

—Mamá, tú puedes hacer que esa denuncia sea anulada. Puedes conseguirlo con una simple llamada telefónica a Boston. ¿Por qué razón he de humillarme entonces?

—Tú sabes bien por qué. No quiero que nadie fije su atención en nosotros en estos momentos.

Paul esbozó un gesto despectivo. Acabó encogiéndose de hombros y masculló:

—Lo arreglaré, mamá, descuida. No habrá encuesta ni nada

semejante.

—Eso espero, hijo. Y para la próxima vez, busca tus diversiones en la ciudad. Hallarás todas las mujeres que quieras sólo con un gesto y no nos traerán problemas.

Él asintió y abandonó la habitación de su madre, íntimamente satisfecho de salir tan bien librado en una ocasión tan delicada. Conocía bien a su madre y sabía que de proponérselo podía ser tan corrosiva como un ácido.

Cuando hubo cerrado la puerta a sus espaldas contuvo a duras penas las ganas de reírse de la vieja. Había momentos en que parecía que estuviera viviendo aún en sus viejos tiempos de esplendor, cuando lo mejor de la sociedad de Boston giraba en su órbita, cuando su nombre sonaba incluso en la Casa Blanca con temor y respeto.

Pero los tiempos habían cambiado y también era preciso cambiar el modo de hacer las cosas.

Aunque ella no quisiera entenderlo.

* * *

Desalentado, el comisario levantó la cabeza al ver entrar en su despacho al apuesto doctor Brady.

—¿Le encontraron? —preguntó el médico.

—No, pero estuvo en el cementerio. Había huellas de sus pasos por todas partes, y una colilla de cigarro de la marca que él fuma habitualmente. No obstante ha sido imposible localizarlo.

—Un hombre no puede esfumarse en el aire, comisario.

—Por supuesto que no, pero seguir buscando a la luz de las linternas era inútil… y arriesgado. Podían descubrir el brillo de las luces desde gran distancia y ponernos en un compromiso. No pueden gastarse bromas con los Gauge.

—Yo también tengo noticias para usted…

—¿Se refiere a alguna pelea? Tiene la cara en muy malas condiciones, doctor.

—No me dice nada que yo no sepa. Intentaron raptar a la muchacha.

Peters dio un respingo.

—¿Alice Grant?

—Pude evitarlo en el último momento, cuando el asaltante se la llevaba hacia algún coche. Peleamos, pero el condenado escapó.

—¿Pudo usted verle por lo menos?

—Fugazmente.

—Pero podría reconocerle, supongo.

—Creo que sí. Era un individuo alto y muy fuerte. Su cara era desagradable… creo. No le vi más que un instante cuando nos cruzamos en el pasillo del hospital. Durante la pelea estaba demasiado oscuro para verle con detalle. Además, yo tenía otras cosas que hacer en aquellos momentos.

—Claro, zurrarse con él. Le confieso que me siento desbordado por todo esto, doctor. Creo que pediré ayuda a Boston.

—Y mientras le llega la ayuda, ¿qué hará? Uno de sus hombres ha desaparecido, recuérdelo.

—Volveré a ese maldito cementerio durante el día… Encontramos la colilla delante de la reja de una cripta subterránea, pero estaba cerrada.

—¿Piensa que pudo penetrar en la cripta?

—No sé qué pensar, doctor. Por una parte, violar una sepultura es un delito grave, sobre todo tratándose de esa familia. Tienen prestigio incluso en el Gobierno, no le digo más. Pero por otro lado uno de mis hombres ha desaparecido allí y si es preciso pediré un mandamiento judicial para actuar.

—Ojalá no tenga que lamentar esta pérdida de tiempo.

—No puedo hacer otra cosa, compréndalo, doctor.

Matt se encogió de hombros y abandonó la oficina del comisario, más inquieto que nunca por el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

Apenas si pegó un ojo durante el resto de la noche y tan pronto amaneció se reintegró a su trabajo deseando librarse de los oscuros presagios que le asaltaban, como negros nubarrones de tormenta.

Sin embargo, no pudo alejar el temor y la inquietud y durante el día realizó frecuentes visitas a la habitación de la muchacha, sólo para asegurarse de que por lo menos ella estaba sin novedad.

* * *

Peters regresó a su oficina mediada la tarde, después de haber fracasado en su intento de obtener un mandamiento judicial para registrar el cementerio. Era indudable que el nombre de los Gauge provocaba un sano temor incluso en el juez del condado.

Así que desentendiéndose de los legalismos, fue en busca del doctor Brady al hospital.

Había una enfermera muy atareada detrás de recepción, que apenas si levantó la cabeza de su trabajo para responder:

—Lo siento, comisario. El doctor Brady ha salido para atender una urgencia.

—Decididamente, hoy no es mi día —rezongó, desconcertado. Luego preguntó—: ¿Cómo está el agente Jolby?

—Puede verle si lo desea. Ya está autorizado a recibir visitas.

—Subiré a hablar con él. Quizá entretanto regrese el doctor.

Jolby tenía la cabeza vendada. Parecía llevar un turbante blanco. Sus ojos estaban rodeados de profundos círculos oscuros y había adelgazado considerablemente.

—Hola, comisario. ¿Cómo están las cosas allá fuera?

—No muy bien. ¿Cuándo piensas salir de esta cama? No andamos sobrados de personal en estos días.

—Los médicos se han propuesto recetarme unas vacaciones. Parece usted muy preocupado, jefe.

—Lo estoy. Y tú no puedes ayudarme, así que limítate a recuperarte cuanto antes. Si por lo menos hubieses podido ver al tipo que te atacó…

—No vi nada. El maldito supo acercarse sin un rumor. ¿Cómo iba yo a sospechar que estaban vigilándonos tan cerca, sólo para recuperar un maldito pedazo de tela que olía a infiernos?

—No te mataron de milagro. ¿Qué es eso de que la tela del abrigo olía?

—Creí que lo había advertido usted.

—Apenas la tuve en las manos unos segundos.

—Bueno, pero apestaba. Un hedor extraño, húmedo, si entiende lo que quiero decir.

—Ni una palabra. ¿A qué llamas tú olor extraño?

—No es fácil de explicar, comisario. He pensado mucho en ello desde que desperté aquí… Era el hedor que uno imagina que debe desprenderse de una fosa…

Peters se estremeció.

—Otra vez con lo mismo —masculló—. ¿No se te ocurre nada más?

—No, lo lamento.

—Entonces me voy —dudó entre revelarle la desaparición de su compañero o no. Finalmente decidió callar. No conseguiría más que intranquilizar al buen policía—. Nos veremos pronto. Date prisa en salir de aquí, Jolby. Estamos en apuros, ya lo sabes.

Salió, furioso consigo mismo. Preguntó por el doctor Brady, pero éste seguía sin regresar.

—Lo haré yo solo —masculló entre dientes, dirigiéndose a su coche.

Lo puso en marcha y condujo hacia la salida de la población.

El crepúsculo se cernía sobre la carretera cuando la abandonó, internándose por el estrecho desvío que iba a morir en el pequeño cementerio de los Gauge.

Quizá no fuera sólo el camino el que fuera a morir allí…

10

Ya había oscurecido cuando Matt Brady regresó al hospital, cansado por un interminable día de incesante labor.

—¿Algo para mí? —preguntó a la encargada del servicio.

—Nada, doctor. Esta tarde estuvo aquí el comisario preguntando por usted. Estaba muy impaciente por verle.

—¿De veras?

Descolgó el teléfono y llamó a la oficina de Peters. La voz de uno de sus agentes dijo:

—El comisario no ha regresado todavía, doctor. Si lo desea puedo tomar nota de cualquier recado.

—No, gracias. Deseaba hablar con él, ¿podría decirme adónde ha ido?

—Lo lamento, pero no lo sé.

Colgó, intrigado. Fue a su despacho y trató de relajarse durante unos minutos. Después, reanimado, subió a la habitación de Alice.

Como la vez anterior, la cama estaba revuelta y vacía.

Se quedó helado, en el umbral, paralizado de espanto.

—¡Alice! —exclamó con voz ahogada.

Pulsó el timbre y no tardó en aparecer una enfermera de servicio.

—¡Oh, es usted, doctor! ¿Qué desea?

—¿Cuándo ha salido la señorita Grant de la habitación?

—¿Salido?

—Lo han conseguido esta vez…

La enfermera entró en el cuarto, excitada. Volvió a salir tan pálida como su uniforme y musitó:

—No he visto nada sospechoso, doctor, debe creerme. Estuve en esta habitación hace apenas media hora y la señorita Grant estaba perfectamente. ¿Cree usted que la han raptado por segunda vez?

—¿Cabe otra explicación?

—Quizá ha salido por su cuenta…

Se precipitó otra vez al interior, abriendo el armario empotrado para comprobar si estaba allí el abrigo de la muchacha, única prenda que fuera guardada cuando ingresó, ya que el resto eran puros harapos.

El abrigo colgaba de la percha como una acusación.

—¡Dios santo!

—No salió por su pie —dijo el médico, dominando la mortal angustia que le atenazaba—. Pregunte a todo el personal si alguien vio cualquier cosa sospechosa. Dese prisa.

Entre los dos tardaron poco más de media hora en averiguar que nadie había sido testigo de la salida de Alice.

La desesperación le invadió. Recordó las descripciones que la muchacha hiciera del monstruo que la atacara en el bosque. Tan nítidamente como si las tuviera delante, por su imaginación pasaron unas imágenes horribles, con Alice debatiéndose entre las zarpas de un ser horrendo que superaba incluso todas las descripciones.

Llamó una vez más al comisario antes de abandonar el hospital, pero la respuesta siguió siendo la misma: Aún no había regresado.

De modo que habría de hacerlo solo…

* * *

Aprovechando las últimas luces del día, el comisario Peters había logrado abrir la mohosa cerradura del pequeño panteón.

Entonces, con la verja abierta contempló el oscuro interior. No ignoraba que si era descubierto, esta incursión le costaría por lo menos el cargo.

Si no tenía suerte incluso podrían encerrarle en la cárcel del estado, cosa que no dejaría de tener su lado cómico después de todo.

Finalmente, y valiéndose de su linterna, se adentró en las profundas sombras de la cripta.

Sobrecogido, miró alrededor, a los cuatro ataúdes colocados en las cavidades correspondientes.

Una a una examinó las leyendas grabadas en sendas placas doradas, una al pie de cada ataúd.

Se respiraba una atmósfera caliente en ese sótano. Caliente y húmeda, pestilente. Olor a moho, a materias en putrefacción quizá.

Aunque, pensándolo bien, era lo lógico. No podía esperar que allí debajo oliera a rosas precisamente.

Paseó la luz alrededor. Los ataúdes estaban cubiertos de polvo, y las placas doradas casi ilegibles.

De pronto detuvo la luz sobre uno de los féretros. La placa era vieja y las letras grabadas apenas podían leerse. Pero encima del ataúd no había ni rastro de polvo. Estaba limpio.

Se quedó unos instantes mirando la oscura madera antes de decidirse. Entonces probó la tapa, viendo que podía moverla, de manera que abandonando la linterna sobre el suelo para poder valerse de ambas manos destapó el antiquísimo féretro.

Volvió a tomar la linterna y dirigió la luz al interior del féretro…

Desde luego, estaba ocupado.

Ocupado por el agente Evans, que yacía sobre los restos de huesos del primitivo cadáver que fuera enterrado en el ataúd.

Peters sintió que sus piernas flaqueaban y que un terror supersticioso comenzaba a hacer presa en sus nervios.

Todo el interior del ataúd era un mar de sangre, lo mismo que el cuerpo del pobre detective. Tenía una espantosa cuchillada que le había cercenado el cuello de oreja a oreja. Los ojos desorbitados parecían mirar el más allá con incontenible espanto.

Durante unos minutos, el comisario fue incapaz de pensar con sentido común. Después, esforzándose, recordó que era policía y que su deber era actuar.

Si habían asesinado al detective en otro lugar, forzosamente habían de existir huellas de sangre en el suelo, formando un rastro que cualquier policía podría seguir hasta su origen.

Examinó el suelo pulgada a pulgada con la linterna.

No pudo descubrir ni una sola gota de sangre, lo cual daba a entender que Evans había sido degollado estando ya en el ataúd. Era una maniobra que producía horror con sólo imaginarla.

Fugazmente, el comisario recordó el breve historial del pobre Evans en la policía. Su valor y perspicacia que no le habían valido a la hora de morir…

Estaba tan absorto que apenas oyó el seco chasquido que resonó lúgubre en aquel silencio espeso.

Se volvió sobresaltado, pero los rincones estaban demasiado oscuros para ver nada. Tomó la linterna y moviéndose en semicírculo, buscó la causa del rumor.

Cuando la descubrió, creyó que se había vuelto loco, porque aquello era la más horrenda aparición que una mente calenturienta pudiera haber imaginado.

Y, al propio tiempo, rubricaba sin ninguna duda las afirmaciones de la muchacha, porque aquello no era otra cosa que un cadáver en pleno proceso de descomposición.

La única pupila del monstruo le observaba con maligna fijeza, mientras la vacía órbita del otro ojo era una negra caverna que provocaba vértigo, y náuseas, y espanto…

—¿Quién…? —barbotó.

La aparición adelantó dos pasos. El comisario los retrocedió a su vez, sin poder apartar la mirada de la espantosa visión.

Instintivamente, cuando su mente volvió a trabajar con cierto método, bajó la mirada a las manos de aquel cuerpo que olía a tumba.

En el dedo anular de la mano izquierda le faltaba la uña, arrancada de raíz.

De modo que pertenecía a un muerto, después de todo. Y que aquel muerto estaba allí, acosándole.

Los labios descamados se movieron, dejando escapar un sonido gutural y siniestro. Se movió otro paso que el comisario retrocedió.

El espantoso rostro parecía fascinarle, con el siniestro brillo de la única pupila.

Fue retrocediendo, luchando por serenarse, diciéndose que aún conservaba la pistola en su poder y que podía usarla contra la horrenda criatura.

Ésta se detuvo al fin junto al ataúd donde yacía el desgraciado Evans y ladeando el descarnado rostro miró al interior.

Un extraño gorgoteo brotó a borbotones de aquella garganta que parecía estremecerse a la vista del espectáculo sangriento.

Peters llegó al otro lado de la cripta y su espalda tropezó con el sólido muro. Entonces ordenó:

—¡Quédese donde está! —rugió.

Buscó la culata de la pistola bajo la chaqueta. La aparición volvió a detenerse, como si no tuviera prisa alguna por llegar hasta él.

El comisario extrajo su arma. Apoyó el dedo sobre el seguro y lo descorrió.

—¡Dispararé si se mueve! —amenazó, deseando oír su propia voz.

Se preguntó cómo podía matarse un cadáver medio descompuesto. En otras circunstancias la situación hubiera sido incluso cómica, pero no cuando le parecía estar sufriendo la peor pesadilla de toda su vida.

Levantó la pistola. El dedo índice se afianzó sobre el gatillo… y entonces, sin saber cómo, recibió tal golpe detrás de la oreja que tuvo la virtud de borrarle todos los temores, todo el asombro, toda la repugnancia que experimentaba sólo un segundo antes.

Cuando pegó contra el suelo estaba inconsciente por completo, igual que muerto.

El hombre que le había golpeado emergió de las sombras del muro como si se hubiera filtrado a través de la inexpugnable pared de roca.

Se inclinó sobre él, oscura masa de músculos, y tras un breve reconocimiento masculló con voz sorda:

—Está vivo, como el otro.

Le replicó un sordo gorgoteo de excitación. El hombre corpulento asintió.

—Creo que sé lo que quieres… y me parece muy bien. Me ahorras mucho trabajo, de veras.

Comenzó a luchar con la tapa de otro ataúd. La madera carcomida no resistió sus esfuerzos y la tapa saltó a un lado con un golpe sordo.

—Lo colocaré dentro. Es eso lo que quieres, ¿no es cierto?

No obtuvo respuesta, ni la esperaba tampoco.

Sin aparente esfuerzo, levantó el cuerpo del comisario y lo dejó caer dentro de uno de los féretros. Bajo su peso, los huesos que todavía quedaban emitieron un crujido y una nube de polvo se

elevó cuando los restos del esqueleto se pulverizaron.

El hombre corpulento arrancó un cuchillo de su cinto y lo tendió a la horrenda criatura, cuya garra se ciñó en torno a la empuñadura. Luego, emitiendo cortos gruñidos, se inclinó sobre el ataúd.

Justo en aquel instante, el grito de una mujer vibró en el aire como un clarín.

Fue un alarido espeluznante, agudo, que pareció penetrar en las paredes de piedra, crecer en ondas concéntricas y morir finalmente ahogado en un sollozo.

El cadáver viviente pareció cobrar nueva vida al oír aquella voz. Giró sobre sus pies, buscando al hombretón con su única pupila llameante y de nuevo emitió una sucesión de gruñidos ininteligibles.

El otro dijo:

—¡Termina lo que ibas a hacer y después podrás descansar!

Con el cuchillo señaló el interior de la galería por donde había llegado el grito.

—No has oído nada… Sólo has soñado. ¡Termina ya!

Sin hacerle caso, dejando escapar un incesante gruñido, aquel ser de pesadilla atravesó la abertura de la roca bamboleándose sobre sus piernas.

El gigante no pudo contener una sarta de maldiciones y se apresuró detrás del monstruo, deteniéndose unos pasos más adelante y cerrándole el paso.

—Ahí fuera tienes algo por terminar.

A trompicones, el espantoso manojo de descomposición avanzó contra el hombrón. Éste se hizo a un lado precipitadamente, maldiciendo en todos los tonos. A pesar de estar habituado a la nauseabunda presencia, cada vez que estaba cerca de él notaba cómo se le revolvía el estómago y por nada de este mundo hubiera dejado que aquellas garras informes le rozaran siquiera.

Después, mascullando entre dientes, le siguió preguntándose cómo acabaría todo aquello, porque él mejor que nadie sabía cuán difícil era manejar esas situaciones sin más ayuda que las palabras.

—¡Espera! —gruñó—. ¡Paul se pondrá furioso si…!

Era como si le hablara a la pared.

Así llegaron a la estancia pestilente donde Evans había sido

abatido. Unos segundos largos, escuchando el silencio. Después, la aparición se dirigió a una puerta, siempre seguida de cerca por el corpulento asesino que deseaba con todas sus fuerzas que Paul Gauge estuviera allí para controlar la situación.

11

No puede decirse que Paul Gauge estuviera muy lejos.

Sus ojos de rana, saltones; su cuerpo tenso por la excitación y el deseo y la mente turbia de malos presagios miraban fijamente a la indefensa muchacha igual que una serpiente miraría a su hipnotizada víctima.

Alice envuelta en el camisón reglamentario del hospital, los tobillos y las manos firmemente sujetos con cuerdas, se debatía sobre un desvencijado diván abandonado en aquel horrible sótano desde tiempos inmemoriales. Como una gacela asustada, rehuía la casi fosforescente mirada del heredero de los Gauge sintiendo que le producía la repugnante sensación de un contacto físico.

Por eso había gritado cuando él trató de levantarla.

—¿Qué crees que conseguirás escandalizando, mujerzuela? Sólo enfurecerme más. Ya se enfadó mamá, y dijo que arreglase esta situación para evitar problemas…, que la arreglase a mi modo…

—¡Está usted loco! —chilló la muchacha.

El rostro de Gauge se transformó en una máscara de ira.

—¡Cállate! —La abofeteó inesperadamente y rugió—: ¡No vuelvas a repetir eso, maldita víbora!

—¡Loco, loco, loco!

Paul Gauge se arrojó sobre ella, golpeándola salvajemente. La muchacha rodó fuera del diván y cayó al suelo casi desvanecida mientras él continuaba barbotando siniestras amenazas.

—Te burlaste de mí una vez —dijo de pronto, calmado súbitamente—. Dejaste arriba tu vestido, como una burla. Ahora…

De un zarpazo le desgarró parte del camisón. La muchacha se

sintió morir.

Él alargaba de nuevo las manos hacia ella cuando detrás suyo resonó con estrépito una puerta al ser abierta con inusitada violencia.

Paul Gauge se volvió en redondo.

También la muchacha giró la cabeza, esperanzada.

Sólo que su esperanza se convirtió en el más absoluto horror al ver la criatura infernal que había aparecido en el umbral.

Hubo momentos en que Alice, durante su estancia en el hospital, había llegado a dudar de lo que viera realmente en el bosque. Su subconsciente vaciló y se dijo que quizá los demás tenían razón y que lo que ella creía haber visto no era otra cosa que el fruto de su terror.

Mas ahora, ese horror aparecía ante sus ojos, más espantoso que nunca, con su cara carcomida, su único ojo llameante, sus manos que eran puro hueso, semejantes a garras.

Creyó que iba a volverse loca y todo comenzó a girar a su alrededor, mientras Paul Gauge se enderezaba frente a la repugnante aparición, cerrándole el paso.

—¡Vuelve a tu escondrijo! —bramó fuera de sí—. ¡Vete!

Alice notaba el corazón golpearle en la garganta. Apenas podía respirar a causa de la terrible angustia que la atenazaba.

Oyó el sordo gorgoteo del cadáver viviente y vio cómo blandía un largo cuchillo. Paul Gauge dio un salto atrás.

—¡Maldito! —rugió—. ¡Bentley!

—Estoy aquí, señor Gauge…

—¿De dónde ha sacado ese cuchillo?

—Él deseaba hacer un pequeño trabajo, pero el grito de ella le ha hecho olvidarse de todo lo demás. No he podido detenerle.

—¡Debiste encerrarle en la cripta! —Miró a su alrededor, mientras el monstruo avanzaba poco a poco—. ¡Quítale ese cuchillo!

Bentley entró en la estancia, agazapado como un gato.

El cuchillo parecía muy firme en la mano del repugnante aparecido, que se detuvo a dos pasos de Alice, bamboleando la cabeza de un lado a otro para atisbar a aquellos dos hombres que de repente se habían convertido en sus enemigos.

La angustia mortal, las náuseas, el horror, todo se agolpó dentro

de la muchacha ante la proximidad de aquella cosa espeluznante. El hedor que se desprendía de sus harapos llenaba todo el sótano, la ahogaba como si la rodearan miasmas irrespirables.

Paul Gauge gritó:

—¡Deja ese cuchillo, George, déjalo de una vez!

Parecía increíble que aquella *cosa* tuviera un nombre, pensó Alice, intentando arrastrarse más allá de los pies nauseabundos que tenía tan cerca.

Sólo que George no abandonó el arma. La blandió amenazador, manteniendo a raya a sus dos adversarios.

Bentley gruñó:

—Te abandonaremos aquí abajo si no sueltas el cuchillo… Nadie volverá a atenderte, George…

Paul Gauge se detuvo de espaldas a la pared. Su mirada de loco lanzaba destellos de ira.

—¡Maldito seas! ¿No me has quitado ya bastante? Tú, maldito mil veces, que también quieres arrebatármela a ella.

Alice creía estar inmersa en una horrenda pesadilla. Aquello no podía ser real…, despertaría en cualquier momento y Matt estaría a su lado, atendiéndola, besándola…

Los pies se arrastraron otro poco hacia ella. El hedor a muerte avanzó con ellos.

Se sintió morir.

Paul seguía desgañitándose, insultando a aquel George que parecía no escucharle siquiera.

—¡Me quitaste el cariño de mamá, condenado! ¿Recuerdas? Para ella había que sacrificarlo todo, incluso mi propia vida, enterrado en este horrible caserón… Y ahora ella… también la deseas… y sabes que es mía, lo sabes… ¡Lo sabes, maldito!

Sólo le replicó un gruñido animal.

Bentley masculló:

—Hay muchas mujeres, señor Gauge… Encontrará todas las que desee con su dinero y su apellido…

—¡Quiero a ésta…, porque se burló de mí!

—La trajimos aquí para cerrarle la boca, ¿no es cierto?

—¿Y qué con eso? Sigue siendo mía.

—Deje que George utilice el cuchillo y asunto terminado.

Paul sacudió la cabeza. Parecía preso de histeria.

Miró a Bentley con ojos enrojecidos. Después, su mirada saltó hacia el monstruo.

Finalmente, sus pupilas demenciales recorrieron el cuerpo de la muchacha tendida en el sucio y masculló:

—Está bien, pero quiero verlo, Bentley.

El hombretón se estremeció.

—Iré a cerrar la cripta entre tanto, señor Gauge.

Retrocedió apresuradamente, mientras a sus espaldas resonaba la risa burlona de Paul Gauge y los alaridos enloquecidos de la muchacha que acababa de ser sentenciada a una muerte atroz.

12

Bentley desembocó en la cripta y corrió a ver si el comisario continuaba en el ataúd.

En efecto, allí estaba, todavía inconsciente.

Suspiró, aliviado.

Acabaría con él de otro modo más limpio y menos espectacular. Alargó las manos hacia la garganta del inconsciente policía.

En el mismo instante, un brazo de hierro se ciñó en torno a su propio cuello. Una rodilla se hundió en su espalda y una fuerza atroz empezó a doblarle hacia atrás hasta que los huesos crujieron amenazadoramente.

Bentley trató de debatirse, de librarse de la cruel presa, pero cuanto más se movía, más se dislocaban sus vértebras.

Una voz gruñó junto a su oído:

—¡Alice! ¿Dónde está? ¡Habla o te parto por la mitad!

Al mismo tiempo, los brazos presionaron aún más. Bentley se sintió morir entre dolores de infierno.

Barbotó unas palabras incomprensibles de modo que Matt aflojó su presa para que pudiera recobrar el aliento… Sólo que Bentley era un luchador nato y ni por un momento pensó en hablar.

Se revolvió como un gato salvaje, intentando librarse de la mortífera llave que podía matarle. Casi lo consiguió.

Matt Brady, convertido en un ser muy distinto al doctor que todo el mundo conocía, se limitó a redoblar la presión de sus brazos. El corpachón se dobló de nuevo más y más…

La rodilla se mantuvo firme como una roca.

—¿Dónde está, bastardo, dónde? ¡Habla de una vez!

Bentley esperó con la boca cerrada, sintiéndose morir, pero no creyendo ni por un momento que el médico estuviera dispuesto a matarle realmente… Era la ventaja de pelear con gentes delicadas, con estudios, educación y carrera…

Esperó aún, a pesar del salvaje tormento que lo enloquecía.

Hasta que le fue imposible esperar más y barbotó:

—¡Ya basta…!

—¿Dónde está la muchacha?

Esperó que se aflojase la mortal presión, pero esta vez esperó en vano.

—Muerta… —jadeó—. Acaban de… de… matarla…

Con un rugido, el doctor Brady dio un salvaje tirón hacia atrás. Las vértebras crujieron con un chasquido seco, semejante a una caña que se rompe. El cuerpo de Bentley se desmadejó de golpe, mientras todo el dolor del mundo parecía inundarle el cerebro como una oleada de fuego…

Matt le soltó, tambaleándose, presa de una angustia como no sintiera jamás.

Zarandeó al comisario, pero éste sólo emitió un leve quejido.

Echó a correr por el pasadizo sin preocuparse del ruido que hicieran sus pies. Oyó voces confusas, y de pronto un lacerante aullido.

—¡Alice! —gimió al reconocer su voz.

Redobló su carrera. Irrumpió en la estancia donde estaba el camastro y el hedor, la atravesó como un meteoro, y de repente se encontró mirando la más espantosa visión que jamás soñara.

El monstruo se había revuelto al oírle llegar. El cuchillo en su mano parecía tan firme como una espada en la mano de un guerrero.

Era increíble. Aquella repugnante criatura viva y amenazadora…

De modo que Alice había dicho la verdad después de todo.

¡Alice!

La descubrió en el suelo, hecha un ovillo, el camisón hospitalario hecho trizas, sosteniéndose solamente porque estaba sujeto a las muñecas y los tobillos con la misma cuerda que la inmovilizaba.

—¡Matt! —sollozó la muchacha.

Él avanzó encorvado hacia delante, cautelosamente mientras

Paul Gauge se deslizaba a lo largo de la pared.

—Ahora comprendo —mascculló el doctor Brady—. Debí comprenderlo cuando vi aquella uña, pero no se me ocurrió entonces…

Inesperadamente, el cuchillo saltó en su busca, obligándole a dar un salto atrás.

Un continuo gruñido gutural brotaba de las fauces resecas del monstruo. Matt dijo:

—Has perdido la lengua también, ¿eh?

Trazó un círculo en torno a George, tanteándole, esperando que cometiera un error para desarmarle. Pasó tan cerca de la muchacha tendida en el suelo, que en sus pies notó el roce de los jirones del camisón.

De pronto, Paul Gauge brincó como una rana cayéndole sobre las espaldas. Los dos rodaron por el suelo enzarzados en mortal abrazo.

Alice chilló con irresistible angustia.

Paul rugió:

—¡Ahora, George, ahora!

George no se movió. Miraba con siniestro ojo inyectado en sangre aquel debatirse de brazos y piernas, de cuerpos jadeantes.

Luego se volvió hacia la muchacha. Estuvo mirándola mucho tiempo, mientras tras él la lucha continuaba más feroz a cada instante.

Muy despacio, George fue encorvándose, doblándose de forma rígida, hasta caer de rodillas, junto a Alice. Ésta ya no tenía fuerzas para luchar más. Cerró los ojos y llamó desesperadamente a la muerte.

Oyó el golpe sordo junto a su cuerpo de soberbia belleza. George había soltado el cuchillo. Ya no ansiaba matar…

Paul Gauge gritó cuando Matt le conectó un zurdazo escalofriante bajo el mentón, lanzándole contra la pared, donde pareció rebotar con fuerza inaudita.

A trompicones atravesó casi toda la estancia, hasta detenerse apoyado en una silla.

Ciego de ira, Brady cargó contra él igual que un toro enfurecido.

De nuevo cometió un error. Paul enarboló la silla, volteándola sobre su cabeza antes de descargar un golpe demoledor que derribó

a Matt entre una lluvia de astillas.

La silla se desmenuzó, pero ni siquiera ese estrépito consiguió distraer la atención del monstruo, fija en la muchacha sobre la cual alargaba sus garras ansiosas.

A trompicones, Paul Gauge acortó la distancia que le separaba del aturdido doctor Brady. Iba a rematarle de una vez por todas.

Entonces descubrió el cuchillo, abandonado muy cerca, y se desvió para apoderarse de él.

Sus dedos se cerraron en torno a la empuñadura. Cuando se irguió, el arma estaba en su poder, presta a terminar de una vez con el entrometido intruso…

13

El comisario recobró el conocimiento y en el primer instante experimentó una insoportable sensación de vértigo.

Después, el dolor en la cabeza le recordó que no era vértigo, precisamente, lo que le mantenía tumbado en ese lugar oscuro y pestilente.

¿Qué lugar?

Se enderezó, tanteando a su alrededor.

El descubrimiento de que estaba metido en un ataúd le hizo dar un salto que salió disparado de su yacija, para rodar dolorosamente por un suelo de dura piedra que acabó de aturdirle.

Se levantó, rezongando.

Recordó, de pronto. Estaba en la cripta, examinando los ataúdes, cuando había descubierto el cadáver degollado del pobre Evans.

Bueno, hasta aquí todo encajaba, pero ¿y después?

Arrugó el ceño, porque no conseguía recordar nada más, ni siquiera cómo había ido a parar él mismo dentro de otro sarcófago.

Sólo que cuando recordó, la cosa fue peor, pero en su mente revivió la visión de aquel monstruo nauseabundo, de aquella cosa casi sin cara, como un cadáver en descomposición…

—La chica tenía razón —farfulló, luchando por librarse del aturdimiento.

Tanteó alrededor, pero le fue imposible localizar la linterna.

Entonces, lejano, pero rebotando en las profundidades de la tierra, vibró un grito que tuvo la facultad de hacerle recordar que el monstruo estaba todavía en libertad, y que alguien más que no era aquella cosa andaba suelto también, repartiendo porrazos a traición

como el que le dolía como un infierno.

De modo que ahogando un juramento, echó a correr por el oscuro pasadizo rogando al cielo que le diera fuerzas suficientes para librar al mundo de aquella dañina aparición.

El grito se repitió, ahora más cercano. Era un grito de mujer, sin ninguna duda…

Impetuosamente, Peters irrumpió en la primera estancia. El alboroto resonaba más allá de una puerta abierta.

Miró a su alrededor, arrugando la nariz al percibir aquel hedor inconfundible. Comprendió que aquél debía ser el refugio de aquella cosa que viera en la cripta.

Entonces recordó otra cosa. Le habían derribado de un golpe, pero…

Tanteó su costado y sus dedos se aferraron en torno a la culata de la pistola sujeta al cinturón. Después, atravesó aquella puerta con la 38 por delante.

Lo primero que captó fue el monstruo, que tiraba de las muñecas atadas de Alice. Sintió revolvérsele el estómago, pero dio gracias al cielo porque la muchacha estaba desvanecida.

Más allá, acorralado en un rincón, descubrió al doctor Brady, con el pecho lleno de sangre, tratando de esquivar las feroces acometidas del cuchillo manejado por Paul Gauge…

—¡Suelte el cuchillo, Gauge…! —rugió.

El aristócrata se revolvió como una fiera. Quizá ni siquiera vio la pistola. Sólo al hombre.

Y contra él cargó, llevando el cuchillo horizontal, como si manejara una espada.

El comisario había soportado mucho en las últimas horas. Lo único que le faltaba era que un loco intentara ensartarle con un cuchillo.

De modo que apretó el gatillo, retumbó el trueno del disparo y Paul Gauge se detuvo en seco, alto y rígido, como si aún en aquellos instantes supremos quisiera recomponer su figura de aristócrata…

Peters repitió el disparo. Esta vez, Gauge trastabilló hacia atrás, se enredaron sus pies y, girando como una peonza, se desplomó de bruces.

La pistola giró en busca del monstruo, sólo que allí no necesitó utilizarla. Matt Brady le descargó un seco trallazo y aquella cosa

nauseabunda pareció desparramarse por toda la estancia.

Peters respiró con evidente alivio.

—¿Está viva, doctor?

—Sí… Sólo está desvanecida.

—La pobrecilla, éste parece ser su estado natural de un tiempo a esta parte. ¿Puede explicarme ahora de dónde ha salido este…, esa cosa, doctor?

—¿De veras no lo comprende usted?

Antes de que pudiera replicar, una voz altanera exclamó:

—¿Qué están haciendo todos ustedes aquí?

Su voz se extinguió, sin embargo, al descubrir a Paul Gauge inerte en un rincón, todavía con el cuchillo en la mano.

Luego, la vieja dama vio a George despatarrado y se quedó sin voz.

—Si hubiera sido sincera conmigo —masculló el comisario rencorosamente—, todo esto se habría podido evitar. Porque usted lo sabía, ¿no es cierto, maldita vieja?

—¿Cómo se atreve? Haré que el presidente…

—Deje en paz al presidente y empiece a pensar cómo explicará todo lo que ha sucedido aquí, señora. Su hijo, un asesino si no me equivoco, y utilizando los servicios de un rufián que se escudaba bajo la tapadera de chófer… ¿Querrá hacernos creer que no sabía nada de esto? Y luego, esa… cosa repugnante.

La vieja se adelantó, altanera. No dedicó más que un vistazo a Paul Gauge. Todo su interés parecía centrarse en el horrible monstruo que yacía inerte más allá de la inconsciente muchacha.

—Mi pobre George… —musitó con dulzura—. Mi hijito…

Peters casi cayó de espaldas.

—¡Su hijo! —exclamó, estupefacto—. ¿Es posible…?

—Ahí tiene usted la clave de todo esto, comisario —gruñó Matt, levantando en vilo a la joven—. ¿Cómo iban a explicar los orgullosos aristócratas de Boston, los poderosos Gauge, que su hijo mayor era un leproso?

Instintivamente, el comisario se echó hacia atrás ante la horrenda palabra.

—¡Dios bendito! —jadeó—. ¡Un leproso…!

—¿Se lo imagina? El orgullo de estirpe y todas esas estupideces. No podían dejar que se supiera, Gauge era un apellido ilustre,

dominante en las esferas más altas de la sociedad. Un apellido corrompido, pero lleno de dinero y de poder, heredero de locos y degenerados…

—¡Pero en pleno siglo veinte y en este país…!

—Hubieran podido tratarlo eficazmente en un principio. Esta enfermedad ya no es el azote bíblico que hacía temblar al mundo. Se cura perfectamente si es tratada a tiempo. Sólo que hay que declararla, ¿se da cuenta? Esta condenada vieja y su otro hijo… prefirieron dejarlo pudrir aquí miserablemente antes que afrontar la curación públicamente.

—Están locos…

—Cierto. Toda degeneración termina por perturbar la mente de los descendientes. Cualquier aberración es posible, entonces, comisario.

—Bien, ahora van a ver de qué les sirve su influencia, su dinero y su maldito poder…

—No se ensañe con ellos, Peters. Esa mujer es una desgraciada. Y él no creo que sobreviva más allá de unos días. Su estado es crítico…, está tan acabado como la uña que perdió. La uña de la raíz muerta.

—Habrá que llamar una ambulancia…

—Eso es cosa suya, comisario.

Matt echó a andar con la muchacha en brazos, hasta encontrar la escalera que conducía a la siniestra residencia donde se había fraguado el oscuro drama que acababa de terminar allá abajo.

Caminó en busca de la puerta principal. El contrahecho mayordomo surgió inesperadamente y él casi dio un salto atrás.

—¿Busca usted la salida, señor?

Perplejo, asintió. Era inconcebible que después de todo el cataclismo que había estallado, aquel hombrecillo fuera capaz de mostrar semejante desapasionamiento.

Se encontró fuera, bajo la noche, en el parque, y comenzó a andar con su dulce carga en brazos, hasta que la muchacha se recobró de pronto y sus ojos desorbitados encontraron el rostro querido, muy cerca…

—¡Matt!

—Estoy aquí, pequeña.

—Ha sido una pesadilla…

—Sin duda.

—Estaba segura que cuando despertase, tú estarías junto a mí… Pero ¿por qué tengo las manos atadas?

—Las manos y los pies.

—Pero ¿por qué?

—Así estoy seguro de que no podrás escapar de mí… ¿Recuerdas lo que te propuse?

—Sí, querido…

—Entonces, todo está bien.

Inclinó la cabeza y le besó con todo el amor de que era capaz.

Era capaz, de tanto amor, realmente, que perdió la noción del tiempo, de modo que cuando llegó la ambulancia casi les arrolló, porque continuaban en mitad de la avenida, besándose.

F I N